

BOLSEROS BRIGLE RA
PUNTO
ROJO

joya sangrienta

vic logan



YA ESTA A LA VENTA
LA NUEVA SERIE

SELECCION

TERROR

Creada para aquellos
lectores que poseen nervios de
acero y no temen traspasar las fron-
teras de lo irreal y adentrarse en
un mundo desconocido, aterrador
como una pesadilla, apasionan-
te como la más increíble de las
aventuras.

COLECCIÓN

PUNTO ROJO



VIC LOGAN

JOYA SANGRIENTA

Colección PUNTO ROJO n.º 619

Publicación semanal

Aparece los SÁBADOS



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN 84-02-02520-X

Depósito legal: B. 98 - 1974

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: marzo, 1974

© Vic Logan - 1974

texto

© Desilo - 1974

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1974

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

PRÓLOGO

1950. En un lugar de Europa.

La estrecha y deficiente carretera bordeaba el río cuyas aguas brillaban con el reflejo de la luna. Era la única luz, porque la camioneta que circulaba lentamente llevaba los faros apagados.

El conductor frenó por completo y dijo a su ayudante:

—Nos acercamos al control.

El otro respondió escuetamente:

—Bien. Ya sabes lo que tienes que hacer.

—Me gustaría fumar un cigarrillo primero —repuso el conductor del vehículo.

El otro sacó en silencio un paquete de pitillos y ofreció uno a su compañero, tomando uno para sí.

Dieron algunas chupadas en silencio, pero no encontraron placer en ello. Ambos se sentían nerviosos, inquietos. Casi al mismo tiempo arrojaron lo mucho que aún quedaba por fumar de sus respectivos cigarrillos y cambiaron una mirada muy significativa.

—Andando —dijo el que estaba al lado del conductor. El otro puso nuevamente el vehículo en marcha. Esta vez imprimió mayor velocidad que aumentó al llegar a la recta.

Unos trescientos metros más allá se hallaba la barrera del control. Era una valla que impedía el paso a los vehículos y que indicaba que debían detenerse.

Policías de uniforme estaban atentos al tráfico que era prácticamente nulo. En aquellos momentos, la camioneta era el único vehículo que se aproximaba al control.

El conductor mantuvo la misma velocidad. Unos cincuenta kilómetros por hora que lógicamente debía reducir.

Uno de los guardias levantó la mano en actitud mecánica para recordar al conductor la obligación de detenerse.

El chófer, sin embargo, aumentó ligeramente el promedio para

acelerar cuando se hallaba a unos treinta metros de la barrera.

—¡Alto, alto! —Se oyeron algunas voces.

El conductor pisó a fondo, dejando que el vehículo alcanzara la velocidad máxima.

El auto pasó como una exhalación, obligando a los guardias a apartarse para evitar el seguro atropello.

La valla se había partido en dos y la orden de un superior conminó a los guardias a disparar.

—¡Fuego, fuego! —gritaba el responsable del puesto de control.

Dos motocicletas con sidecar fueron rápidamente ocupadas por otros hombres uniformados mientras las metralletas tableteaban tratando de alcanzar al coche que se alejaba.

Una ráfaga alcanzó una de las ruedas traseras del vehículo cuyo chófer intentó mantener, pero otra bala llegó más allá de los neumáticos y por encima de ellos. El plomo se coló por alguna parte alcanzando al conductor.

—¡Aagg! —La exclamación puso en movimiento al ayudante, que intentó enderezar la marcha del vehículo que se estaba aproximando a una curva.

Todos los intentos fueron inútiles, el coche sin control salió a la cuneta y se despeñó por un terraplén, quedando cerca de la orilla del río.

El motor no estalló, pero cuando llegaron los policías del control no encontraron a ningún superviviente. Un suboficial dio la novedad a su superior:

—Eran dos hombres. Están muertos los dos.

Se hizo el informe correspondiente. Los nombres de los dos hombres quedaron debidamente archivados y el motivo de su intento de cruzar la vigilancia fronteriza quedó inédito para la mayoría.

Aparentemente, aquellos dos jóvenes que no transportaban nada en el vehículo pasaron a engrosar la lista de quienes intentando vivir libremente en otro país, pagaron sus ansias con la muerte.

En los despachos de los servicios secretos aquel hecho tan normal en la época cobró una importancia extraordinaria.

Agentes reputados iban y venían por los pasillos. Se sucedían las entrevistas con los altos jefes y en voz baja se mencionaba un nombre.

Wagram...

—Wagram no iba en ese coche. Ha sido un ardid para despistarnos —musitó alguien a un importante gerifalte de determinada organización.

El gerifalte dio órdenes concretas y terminantes:

—No toleraré ningún fracaso en este asunto. Hay que capturar a Wagram como sea.

—Puede que haya habido alguna infiltración, señor... Todas las noticias al respecto coincidían a señalar que Wagram escaparía por esa zona para tratar de llegar a la Alemania Federal.

En Londres, uno de los departamentos del servicio secreto de Su Majestad se ocupaba también del asunto.

El jefe del caso examinaba el expediente y repetía:

—Wagram... ¿Qué se sabe de él?

Uno de los agentes tuvo que confesar:

—Absolutamente nada. Como si la tierra se lo hubiera tragado.

—Alguien tiene que saber *esto*... Infórmense, investiguen. ¿Para qué diablos creen que les pagan?

Quince años más tarde.

La noticia de la desaparición de Wagram era ya historia. Las reseñas de la desaparición de un sabio que huyó en «busca de la libertad» se habían perdido en el olvido hasta que...

En una de las dependencias del servicio secreto inglés, alguien llegó con la noticia.

—Parece que esto puede ser importante. —Y mostró un expediente en el que se daba cuenta de ciertos inventos que hasta entonces habían permanecido secretos.

—¿De dónde ha salido esto? —inquirió el encargado del departamento.

—Wagram...

—¿Wagram? Ya ni me acordaba de ese nombre. Busque en los archivos.

—Se nos han anticipado —repuso el agente, que parecía querer guardar el anonimato tras unas gafas oscuras y una peluca que ocultaba su verdadero aspecto.

El agente siguió informando:

—Han intentado matarle en Francia.

—Se tratará de una venganza personal. No creo que ahora pueda interesar a nadie —respondió el jefe observando ya el viejo y polvoriento expediente.

—Es más que eso. Alguien se ha tomado mucho interés, pero una persona influyente le protege. Si usted opina que no debemos meternos en ello, olvídelo.

—Simon... usted tiene buen olfato... Dígame todo lo que sabe de este asunto, pero... en su versión actual.

El agente permaneció largo rato hablando con su jefe, luego expuso su opinión y esperó instrucciones.

El jefe prometió estudiar el asunto.

Veinticuatro horas más tarde.

—De acuerdo, Simon... Queda encargado del asunto. Puede ser importante y no queremos quedarnos rezagados.

—Está bien. Tendré que trasladarme a Francia. ¿Quiere hacerme el vale para sacar fondos?

—Procure que su cuenta de gastos no sea muy crecida. Nuestro departamento es pobre de solemnidad.

El agente obtuvo el vale correspondiente y salió del despacho de su superior, quien anotó en una ficha:

«Simon Slake. Revisión caso Wagram. Francia».

Luego el hombre se echó hacia atrás y repitió el nombre del agente como si pensara en algo más:

—Simon Slake —repitió.

Época actual.

Han pasado otros cinco años. El caso Wagram, aparentemente al menos, ha vuelto a pasar al olvido.

Sucedieron algunas cosas, pero no se dio ninguna publicidad.

A menudo en las crónicas de sucesos se leen casos que el vulgo no puede imaginar jamás que guarden relación con asuntos de espionaje y expedientes secretos.

Son simples «sucesos» que vienen todos los días en las páginas de los periódicos.

Sin embargo, el mismo encargado de uno de los departamentos del servicio secreto británico guardaba en un dossier ciertos informes referentes a lo que parecía haber sido uno de esos sucesos vulgares que ocurren todos los días en todas las ciudades del

mundo.

El suceso había ocurrido en París tiempo atrás. Al parecer, y según informes de la policía, un presunto ladrón había sido abatido a tiros cuando intentaba huir con el producto de un robo: una joya.

El encargado del departamento tenía este informe junto con otros de apariencia trivial, archivado en el dossier correspondiente al caso Wagram.

¿Qué relación podía tener el presunto ladrón de una joya abatido a tiros con la desaparición de un científico?

¿Qué había sido de ese científico?

¿Por qué los departamentos de seguridad todavía se preocupaban de él?

—Bueno. Todas esas preguntas no tienen respuesta para la masa. Son secretos.

Vamos a adentrarnos en uno de esos secretos... En éste precisamente.

Estamos en la época actual. En un día como cualquier otro y nos hallamos en Londres precisamente...

CAPÍTULO PRIMERO

Ronald Banks corría a pleno pulmón por uno de los paseos del Hyde Park londinense. Aceleraba progresivamente como si tratase de batir un récord o como si alguien le persiguiera.

Dos *policemen* le observaban desde la esquina de otro sendero.

—Emplea cinco minutos en cada vuelta —comentó uno—. Ni un segundo más, ni un segundo menos. Hablo de los últimos tres meses.

—¿A qué se dedica? —inquirió su compañero.

—Trabaja en la joyería Barret.

—Humm... —murmuró el otro lacónicamente.

—Es un gran amante del deporte. —Ronald Banks pasó en aquellos instantes como una exhalación. La meta que se había fijado era la fuente junto al lago. *El* policeman que informaba a su compañero permaneció silencioso consultando su reloj de pulsera.

Ronald llegó a la meta y el agente murmuró:

—Cinco minutos justos. Ahora un breve descanso y luego continuará su sesión de *footing*. Cuarenta y cinco minutos todos los días. Todo el mundo debería hacer lo mismo. Hoy la gente no está en forma. No sabe dar un paso si no es en coche. Acabarán todos anquilosados.

—Si todo el mundo acudiera a los parques no cabríamos —sentenció el otro.

Ronald, tras el descanso, empezó una nueva carrera, ahora a marcha más lenta y sacudiendo los brazos hacia adelante y hacia los lados.

Le quedaban diez minutos de ejercicios, luego rápidamente abandonaría el parque para dirigirse al gimnasio, pero antes saludaría al conocido *policeman*.

—Estaremos una temporada sin vemos —dijo Ronald.

—¿Va a estar ausente? —inquirió el agente.

—Luna de miel —sonrió Ronald.

—Mi enhorabuena.

Luego, el gimnasio. Paralelas, cuerda y judo.

—¡Cuidado! —sonrió uno de los monitores al *sparring*—. No lo deteriores. Su esposa lo querrá entero.

Pero resultaba bastante difícil deteriorar a Ronald. Se conocía al dedillo las llaves más usuales, los trucos, y también sabía improvisar.

Tras revolcar un par de veces a su contrario, miró el reloj y dio por terminada la sesión. A las 8,30 tenía que estar en la joyería y faltaban veinte minutos, los necesarios para ducharse y cambiar sus ropas por un impecable traje azul.

Era su último día de trabajo.

Un automóvil pequeño con dos sujetos en su interior. El que estaba al volante llevaba barba exageradamente poblada, amén de un bigote monumental. En conjunto su rostro estaba prácticamente cubierto de pelo.

Ambos hombres tenían la mirada puesta en la elegante joyería londinense.

Ronald entró en el callejón contiguo para dejar su automóvil en el patio. Había otros dos coches ya. Al fondo estaba la puerta privada para entrar en el establecimiento.

Los dos tipos del coche utilitario cambiaron entre sí una mirada.

—Ése es —dijo simplemente el de la barba, y su compañero, un tipo de baja estatura y ojillos de rana, asintió murmurando:

—Está bien. Podemos irnos. No se me olvidará.

Ronald estaba ya en la joyería junto con dos de sus compañeros. Los más importantes, los que gozaban de una entera confianza por parte de su propietario, el señor Barret.

—Es la hora —dijo Ronald, consultando su reloj—. Las 8,30 en punto.

El señor Sutton, el más veterano de la casa, con aire apolillado pese a su impecable pantalón gris y su bien cortada chaqueta negra, extrajo una llave del bolsillo y abrió la marcha hacia el corredor que terminaba en la sala donde estaba la caja fuerte del establecimiento.

Ronald ocupó el segundo lugar, tras Sutton, y cerró la marcha Fitzgerald, diez años de servicio, cuarenta de vida y un espíritu

jovial.

—¿Hoy es tu último día, eh? —comentó con una sonrisa.

—Sí. Y queda en pie lo de esta noche —repuso Ronald.

—Yo no sé si podré ir. Es la cena anual del club —murmuró Sutton, ya frente a la puerta blindada de la caja.

—¡Oh! Esto no es serio, Steve. Prometiste acompañarme en mi penúltima noche de soltero —protestó Ronald.

—Nuestro amigo tiene razón. Le prometimos estar con él.

Sutton, poco hablador, introdujo su llave en uno de los tres agujeros de la caja. Dio unas vueltas para poner en marcha la combinación y después de sonar un par de chasquidos retiró la llave.

Le tocaba el turno a Ronald y puso su llave en el agujero que le correspondía, realizando de modo maquinal parecida operación que su compañero, mientras decía:

—Puedes ir primero a esa cena y luego reunirte con nosotros.

—Sí. Quizá se pueda arreglar —murmuró el otro.

Fitzgerald, el cuarentón bien conservado, finalizó la operación de apertura de la caja exigiendo cortésmente:

—Tienes que arreglarlo, Sutton.

Cuando Fitzgerald extrajo la llave apareció el señor Barret.

—Buenos días, señores. ¿Cómo van esos ánimos, Ronald?

—Perfectos, señor Barret.

El dueño del establecimiento tomó el volante de la caja abierta ya, dio media vuelta y tiró de la puerta, dejando al descubierto el interior de la cámara, una habitación rectangular llena de apartados metálicos en forma de cajones. Cada uno de ellos se abría con una llave distinta.

Lo más llamativo estaba en la vitrina del centro. Era una joya deslumbrante.

El collar valorado oficialmente en quinientas mil libras esterlinas.

El objetivo de los tres hombres de confianza era retirar el cristal para sacar la joya cuyos destellos, a pesar de la luz opaca de la cámara, parecían formar parte de la frialdad de aquella millonaria estancia.

—Un momento —pidió el joyero abriendo uno de los cajones en cuyo interior estaba el dispositivo de alarma que funcionaba por

control remoto y cada día Barret lo cambiaba de cajón como medida de seguridad.

Esa mañana la alarma estaba colocada en el cajón que llevaba el número 320.

Barret la desconectó murmurando:

—Ya está.

Sutton y Fitzgerald retiraron el cristal de la cabina y Ronald retiró la fulgurante joya.

Era la reina de la casa, lo máspreciado por su propietario. Un collar que tenía su historia y no precisamente muy halagüeña. Ronald conocía bien aquella historia desde su «nacimiento» a manos de un orfebre de París. Un auténtico genio del arte en su oficio.

El collar fue trasladado hasta una vitrina central de establecimiento y depositado allí para admiración de la distinguida clientela.

Cinco minutos antes de las nueve habían llegado el resto de los empleados.

«Casi» habían llegado, porque como siempre faltaba Margaret, que, como de costumbre, había perdido el autobús y no llegaría hasta las nueve y un minuto, lo cual era recibido con una sonrisa por parte de todo el equipo de la casa que lo formaban once personas aparte del señor Barret.

Dos mozos, el cajero, el detective particular y los cuatro dependientes; dos varones y dos hembras. La más joven y la más hermosa era Margaret, 24 años, que suspiraba disimuladamente cada vez que Ronald le dirigía la palabra o la miraba simplemente. Estaba secretamente enamorada de él, pero no tuvo suerte, Ronald, el galán de la casa, el más apuesto, el más simpático, había preferido a otra y pasado mañana se casaría con ella.

Barret se aproximó al joven para invitarle:

—Venga a mi despacho, por favor.

Barret, muy ordenado, ya tenía hecha la liquidación, aparte de un regalo particular consistente en un sobre con un cheque bancario.

—Para que su luna de miel sea mejor si cabe —le anunció entregándole el obsequio.

—Es usted muy amable, señor Barret.

—Le echaré de menos durante este mes que va a estar ausente.

Dijo que iría a Rumania, ¿verdad?

—Sí, señor. Mi futura esposa es de origen rumano. Sus abuelos viven todavía, pero mi novia no les conoce. Pasaremos unos días cerca de Bucarest y luego continuaremos por Europa.

—Le deseo un feliz viaje.

—Gracias. ¡Ah! Mi llave. —Y entregó la pequeña herramienta que abría un tercio de la caja fuerte, y cuya parte de la combinación sólo conocía él y el propio señor Barret.

Fitzgerald, junto a la vitrina del collar, parecía fascinado mirando la joya, una perfecta combinación de pedrería engarzada en platino con el cierre de seguridad formado por pequeñas barritas del precioso metal entre los pequeños eslabones.

—Precioso, ¿eh? —musitó Margaret aproximándose—. Yo tampoco me cansaría de mirarla.

—A lo mejor tienes suerte y te casas con un millonario que te la regala —sonrió Fitzgerald.

—A lo mejor —murmuró ella guiñando un ojo al cuarentón.

Su secreto amor por Ronald no le impedía coquetear. Fitzgerald había salido un par de veces con ella y esperaba una próxima oportunidad para repetir.

Sutton, con su seriedad imperturbable, murmuró:

—Ronald debería invitarla también a esa fiesta privada, ¿no te parece?

—No sería mala idea, pero eso no va contigo, célibe del demonio.

—Nunca he dicho que no me gustaran las mujeres —repuso Sutton.

—¡Vaya con el viejo verde! —exclamó su compañero—. De viejo nada...

La aparición de Ronald con el jefe interrumpió la conversación.

Sonó el teléfono en aquel instante y lo tomó Margaret, que tras intercambiar algunas palabras con el que estaba al otro lado del hilo pareció bastante excitada.

—Señor Barret, señor Barret.

—¿Qué ocurre? —inquirió el aludido.

—El collar... La condesa... Bueno...

—Tranquilícese, señorita. Cálmese. ¿Qué ocurre?

—La condesa de Terillac, quiere hablar con usted respecto al

collar. Está al teléfono.

Barret cambió una mirada con Ronald.

—Otra vez la Terillac. La suya es una obsesión. Hablaré con ella.

El joyero tomó el teléfono y permaneció a la escucha durante unos instantes después de preguntar a su interlocutora qué podía hacer por ella. Cuando colgó explicó:

—Está en el aeropuerto. Acaba de llegar de París y está dispuesta a ofrecer una considerable suma como opción de compra. Bien. En cuanto llegue la atenderé personalmente.

En aquel mismo instante el individuo de la poblada barba que había estado siguiendo a Ronald abría la raería de un hotelito de las afueras. Lanzó un suspiro y comenzó a despojarse de la barba mientras avanzaba hacia el cuarto de baño, cuya puerta estaba abierta y se percibía claramente el ruido del agua de la ducha.

Una cortina translúcida silueteaba un cuerpo femenino, en los bajos se apreciaban unas estupendas piernas de mujer.

La voz femenina preguntó:

—¿Eres tú?

El recién llegado contestó:

—¿Esperabas a alguien más?

Y ante el silencio de la mujer, que estaba tras las cortinas, añadió:

—Bueno. Todo está a punto. Mañana por la noche tendrás lo que deseas. —Y arrojó la barba y el bigote postizos sobre un sofá.

CAPÍTULO II

La mujer tenía unas piernas que no podían pasar inadvertidas a menos que quien estuviera delante de ellas fuese ciego, y Ronald no lo era.

Estaba observando cómo su prometida se enfundaba las medias. Su prometida era Irina. De carácter inglés cien por cien, aunque no podía ocultar su lejana ascendencia centroeuropea y aquel aire de misterio que rodeaba su hermosa faz.

—Yo también tengo derecho a realizar mi despedida de soltera. ¿No te parece? —dijo ajustándose la media que acababa de ponerse.

—Perfectamente de acuerdo —sonrió Ronald y consultó su reloj.

—¿Tienes prisa?

—No. Fitzgerald irá a comer con los del club. Nos reuniremos en mi casa a partir de las 9, tomaremos unas copas y nada más.

—Lo mío es más sencillo. Tengo que ver a la modista. Ya sabes... Era compañera mía y tiene que trabajar en sus ratos libres, pero tenía una gran ilusión por hacerme el vestido.

—¿Cenarás con ella?

—Tomaremos un bocadillo, charlaremos y la ayudaré a dar los últimos toques. No te preocupes. Pasado mañana todo estará listo.

—Esperemos que así sea. Ya tengo los billetes del avión. Tenemos que hacer escala en Berlín.

—Bueno. Ya estoy lista. ¿Me acompañas?

—Claro. Y de paso subiré a saludar a tu amiga...

—¡Oh, no! No puedes ver el vestido. Trae mala suerte.

—Simplemente quería asegurarme de que estará listo para la boda. Pero si no quieres...

Salieron juntos del apartamento de la muchacha. Irina se mostraba nerviosa, inquieta. No era una novedad para Ronald. Él sabía que bajo aquella apariencia serena y fría a veces se ocultaba un saco de inquietud, un manojo de nervios y en vísperas de la boda

lo consideraba más que natural.

Lo que ya le hubiese parecido menos natural fue lo que hizo su futura esposa cuando el auto de Ronald se hubo alejado.

Irina salió al portal, asomó un momento y a continuación echó a andar hasta el inmediato callejón. Echó por él hasta encontrar una escalinata que descendía hacia el semisótano de uno de los edificios.

Alguien la estaba aguardando.

Era el hombre de la barba y bigote superpoblado. El mismo que había seguido a Ronald aquella mañana y el que después había visitado cierto apartamento de la ciudad.

—¿Cuándo te vas? —preguntó el barbudo sin preámbulos.

—Pasado mañana en avión, vía Berlín. Después de la boda.

—¿Seguro?

—Ronald tiene los pasajes, pero escucha...

—Es mejor no entretenemos aquí, Irina —cortó él.

—No me gusta esto.

—A mí tampoco, Irina. Lo siento. Adiós. Ve a tus quehaceres. Ya no voy a robarte más tiempo.

Y seguidamente, sin más diálogo, el barbudo se dirigió hacia la otra salida del callejón.

La condesa de Terillac era una mujer joven. Su edad no llegaba con mucho a los treinta. Era bella, atractiva hasta lo irresistible y ella lo sabía.

Para alcanzar la perfección, sin embargo, hubiera debido de ser menos altiva, porque aun excusándose no podía ocultar su orgullo, su pose de persona que se cree superior a los demás.

Ahora se estaba excusando, en efecto. Su interlocutor era el señor Barret, que la había estado aguardando en la joyería en compañía de Sutton y de Fitzgerald.

La tienda estaba cerrada y solo, como excepción, quedaba la joya de la vitrina. El collar especial por el que la mujer se interesaba.

—Disculpe mi retraso, señor Barret —dijo en perfecto inglés—. No me fue posible venir antes. Ha sido muy amable en esperarme.

Pronunció las palabras en un tono excesivamente frío para que sonara a disculpa.

Barret se limitó a sonreír.

—He hecho esta excepción en su honor —comentó, mientras le indicaba la vitrina.

—¡Oh! Mi collar... —exclamó ella como extasiada y avanzó hacia la jaula donde lucía la alhaja.

—Usted siempre lo llama así, condesa. Quizá acabe siendo suyo algún día —repuso el joyero.

Sutton y Fitzgerald asistían en silencio, esperando instrucciones de su patrón.

—Déjemelo tener en mis manos —pidió ella.

—Por supuesto —y con una seña indicó a sus subordinados que retiran el cristal de seguridad.

La operación se prolongó por espacio de dos minutos. Luego el joyero extrajo el estuche sin tapa que contenía la alhaja.

Las manos de la condesa avanzaron ávidas hacia aquel tesoro. Sus ojos de un verde esmeralda refulgieron.

—Sí. Esté seguro que algún día será mío —dijo como si interiormente lanzara un juramento.

—Era de su padre. No lo olvido y justo sería que volviese a usted, pero ya conoce el precio.

—Medio millón de libras... Mucho más de lo que pagó por él.

—Todo ha subido, condesa. El oro y las piedras son inalterables y éstas no tienen precio. Usted lo sabe.

—Mi padre me lo hubiese dejado en el testamento. Lo sé. Pero las cosas le fueron mal últimamente. Hace cinco años... Cinco años que deseo recuperar el collar.

—Me habló usted de una opción.

—Puedo darle hasta el diez por ciento. Dentro de un año...

—Un año es mucho tiempo, condesa. Puede que en ese tiempo las piedras hayan subido. En las circunstancias actuales el dinero pierde su valor día a día. No puedo garantizarle...

Los ojos de la dama se clavaron altivos en los del propietario del establecimiento.

—Mi padre me enseñó a no regatear. Tome mi collar. Volveré a por él y lo pagaré al contado. Buenas tardes.

Sutton se apresuró a seguir a la condesa para abrirle la puerta que ella cruzó erguida sin volverse, hasta desaparecer hacia donde había aparcado el auto alquilado que conducía ella misma.

Otro coche salió tras el vehículo de la condesa, pero Sutton no

reparó en el detalle. Entró, mientras su compañero Fitzgerald y el señor Barret habían cerrado ya la vitrina.

—Vaya humos —murmuró Sutton.

Barret se encogió de hombros. Luego los tres se dirigieron hacia el corredor que conducía a la cámara acorazada.

—Bien, señores —dijo Barret—, puesto que nos hemos quedado sin el señor Ronald Banks, yo poseeré la tercera llave mientras él disfruta de sus vacaciones.

Luego, tras depositar la joya en la vitrina central de la cámara acorazada, los dos empleados salieron de ella. Barret eligió un cajón para conectar la alarma de control remoto. El apartado que luego cerró cuidadosamente fue el 312. Salió para reunirse con sus subordinados y procedieron al cierre de la puerta.

Sutton comentó:

—Hay algo que siempre me ha chocado de ese sistema de alarma... ¿Por qué no suena en el momento de abrir la caja, por ejemplo? ¿No sería más seguro?

—Si así fuera, Sutton, una vez colocado el aparato en funcionamiento empezaría a sonar. Ahora mismo estaría tocando el timbre...

—Sí. Es cierto, pero...

—No se preocupe, como ustedes saben, la alarma suena cuando se intenta abrir un cajón o la vitrina, y automáticamente se cierra la puerta, quien quiera que consiguiera abrir, que ya sería difícil, se quedaría encerrado.

—Sí, desde luego. —Pero Sutton no parecía demasiado convencido.

Fitzgerald, una vez cerrada la puerta, fue el primero en introducir la llave que la cerraba. Sutton actuó en segundo lugar para concluir la operación el señor Barret, que utilizó la llave de Ronald, y después la suya propia para proceder al cierre total.

La pequeña fiesta empezó a las 8,30 en el apartamento que Ronald Banks poseía en Chelsea.

En realidad Sutton y Ronald habían empezado a beber a las ocho en espera de la llegada de Fitzgerald, que, a pesar de su aparente y normal seriedad, por el color de su rostro se adivinaba que en su cena en el club no se había escatimado la bebida.

—Hummm. Me llevan ventaja —sonrió al reunirse con sus

compañeros—. Temo no poder seguirles. Hoy he sobrepasado mi dosis.

—No seas aguafiestas —repuso Sutton—. Hoy toca emborracharnos.

—¿Por qué las fiestas tienen que acabar siempre igual? Yo no encuentro placer en que la cabeza me dé vueltas.

—No le hagas caso, Ronald —sonrió Sutton otra vez—. Ése es de los que se emborrachan a solas en su habitación llena de fotografías pornográficas por las paredes.

—Yo no tengo fotografías pornográficas. Cuando quiero ver a una mujer no me resulta difícil conseguirla...

Ése era un comentario que Fitzgerald, estando completamente sobrio no se hubiese atrevido a hacer jamás.

—¡Mira, mira! —exclamó Sutton burlón—. Parece que el que nos lleva ventaja en la bebida es él.

Ronald ya había llenado tres vasos de *whisky* y con ello se efectuó el primer brindis de la noche.

Al cuarto brindis la reunión ya estaba más animada y aunque Fitzgerald no perdía el porte, empezaba a arrastrar las palabras. Su lengua tropezaba aunque él procurara disimularlo.

—Conque a Bucarest, ¿eh? Hummm... No me gustan esos sitios —dijo Fitzgerald precisamente.

—Ya te lo diré cuando vuelva si me ha gustado. Será la primera vez que vaya —repuso Ronald a quien el efecto de la bebida parecía haberle empequeñecido los ojos.

Llegó el quinto brindis y Sutton comentó:

—Hay que reconocer que las rumanas son guapas. Tu novia es un bombón...

—No es rumana. Es inglesa.

—Pero sus padres eran rumanos —murmuró Sutton y tragó de golpe su sexta ración de *whisky*.

Ronald fue a por otra botella, comentando:

—Sí. Sus padres vinieron refugiados cuando la guerra, pero sus abuelos no quisieron abandonar el país. Ella no los ha visto nunca, no les conoce, por ese motivo quiere ir allí y yo lo comprendo.

—Con una mujer así se puede ser comprensivo —adujo el serio Fitzgerald hipando. Era otro comentario que jamás se hubiese permitido hacer.

Brindaron otra vez.

A media noche se habían agotado los aperitivos. Tres botellas estaban vacías y también algunas cervezas que alguien había tomado para sacudirse la sed del alcohol.

Total, estaban los tres borrachos y dormidos.

La luz era muy tenue. Alguien la había reducido momentos antes y sólo una lámpara de pie iluminaba la estancia que olía a tabaco y a alcohol.

Dormían, sí...

O acaso no eran todos los que estaban borrachos. Uno por lo menos demostró que no estaba dormido, acaso lo había fingido.

Unas manos hábiles buscaron en la chaqueta de uno de los durmientes hasta encontrar el manojito de llaves.

Los bien cuidados dedos del ladrón se movieron ágiles para sacar una sola llave. Una sola. La de la caja fuerte de la joyería.

CAPÍTULO III

A las 8,30 minutos de la mañana Ronald salió de la ducha. Estaba absolutamente normal, como si la borrachera de la noche anterior no hubiese hecho mella en su organismo.

Lo único que no había sido normal en aquel día fue su falta del cotidiano ejercicio físico en Hyde Park.

Tampoco era normal que en aquella hora no estuviese en la joyería con sus compañeros, que en aquellos instantes estarían abriendo la cámara acorazada, como de costumbre.

Sí. Los compañeros y el señor Barret estaban allí pero no abriendo precisamente, sino lamentándose.

—¡Increíble! Jamás me había sucedido nada parecido —exclamaba Fitzgerald con pronunciadas ojeras e consecuencia del alcohol que su organismo aún no había conseguido eliminar—. ¡Mi llave! Y no puedo haberle perdido... Mi llavero es éste... Están todas... Menos la de... ¡Cielos!

Sutton carecía de su acostumbrado buen humor También por el alcohol y por su llave.

—No lo comprendo, señor Barret... Anoche cerré y...

—¿Dónde estuvieron anoche, señores? —preguntó Barret gravemente.

—En casa de Ronald... —murmuró Sutton.

—Eso ya lo sé. El señor Ronald me dijo que quería hacer una pequeña celebración, pero... ¿Después?

—¿Después? —Sutton arrugó el ceño—. En ningún sitio.

—Un taxi nos llevó a nuestras casas. Creo que primero fuimos a la de Sutton —adujo Fitzgerald.

—No, no. Primero a la tuya —rectificó el aludido.

—Comprendo. Habían bebido tanto que ya ni recuerdan lo que hicieron.

Los dos compañeros cambiaron una mirada entre sí.

Indudablemente ninguno de los dos recordaba una borrachera como la de la noche anterior.

Barret desapareció para entrar en su despacho. Allí, en el primer cajón, guardaba tres copias de aquellas mismas llaves, pero apenas lo abrió pudo comprobar que allí sólo había dos.

—¡Qué raro! —exclamó sin poderlo remediar.

Buscó en su bolsillo. Allí tenía únicamente la que Ronald le había dado al despedirse.

—¡Cielos! —exclamó con un presentimiento. Tomó la llave y corrió hacia la antecámara, donde confusos silenciosos aguardaban los dos empleados.

El propio Barret, utilizando su llave y las dos de repuesto, deshizo la combinación. Luego abrió la puerta.

Desde el primer momento algo pareció distinto a lo normal. Y tres pares de ojos dirigieron la mirada hacia el mismo punto. La vitrina central.

¡Vacía!

¡Estaba vacía!

—No... No es posible —murmuró Barret lívido.

Sus ojos se volvieron hacia la alarma, ante el estupor fingido o real de los otros dos hombres.

Abrió Barret el cajón trescientos doce y sacó el control remoto.

—¡Desconectado! —Y se volvió mirando interrogadoramente a los dos subordinados.

—El que ha hecho esto conocía perfectamente el funcionamiento de la cámara y de la alarma.

—Pero... ¿Cómo podía saber... dónde estaba el aparato? —se atrevió a murmurar Sutton.

—Eso es lo que me pregunto —repuso sin dejar de mirar alternativamente a Fitzgerald y a Sutton.

—¿Quiere decir que... sospecha que nosotros... señor Barret? —preguntó Fitzgerald con voz ronca, grave.

Por toda respuesta el joyero se limitó a dar media vuelta y exclamar:

—Voy a llamar a Ronald Banks.

—Antes de dar parte a la policía quiero saber qué es lo que ocurrió anoche en su apartamento, Ronald —dijo el propietario de la joyería.

Ronald Bank estaba prácticamente a medio vestir Acudió a la llamada de su jefe con un jersey deportivo sobre el pantalón negro impecable que pensaba usar para la ceremonia.

—Francamente no lo sé. Bebimos bastante y nos quedamos dormidos. Creo que la última vez que miré el reloj eran las doce y cuarenta o cuarenta y cinco. No recuerdo bien.

—Nos despertaste a la una —dijo Fitzgerald.

—Gracias por recordármelo. Yo ya olvidé la hora que os marchasteis —repuso Ronald con una sonrisa.

—Es lo que dijiste.

—Dudo que pudieras recordar nada, pero si tú dices que yo afirmé que era la una, seguro que debía ser así.

—Nos acompañaste hasta la calle... Lo que no recuerdo es cómo cogimos el taxi...

—No me interesan los detalles —cortó el joyero interrumpiendo a Fitzgerald—. ¿Estuvo alguien más con ustedes?

—No. Sólo nosotros tres —afirmó Ronald.

—¿Siempre estuvieron los tres...?

—Sí, siempre.

—¿No tuvieron ninguna visita? ¿O acaso tampoco lo recuerdan? —inquirió Barret.

Tras un silencio Ronald esbozó una sonrisa para decir:

—Es lógico que si no vino nadie y siempre estuvimos juntos... sólo uno de nosotros podía robar las llaves. ¿No es eso lo que piensa?

—Lo que yo piense ahora no importa. Únicamente... quería evitar la deshonra a alguien. Ahora llamaré a la policía.

—Señor Barret... No tiene derecho a dudar de nosotros. Nos conoce bien... —Sutton dominaba la indignación, y Fitzgerald comentó:

—Esto es bochornoso.

—Señor Barret... ¿Y mi llave? —terció Ronald—. Yo sé la entregué por la mañana.

—Lo sé, Ronald, pero... desapareció una de las más, precisamente la que corresponde a su agujero en la combinación —aclaró el joyero.

—¡Nosotros nunca sabemos dónde coloca usted el dispositivo de alarma! —protestó Sutton.

—Bueno —repuso Barret—. La policía hará preguntas y seguramente querrá saber si ustedes desde la puerta pueden ver cuál de los apartados abro para depositar en él el control de la alarma.

—¡Es ignominioso! —masculló Fitzgerald entre dientes, mostrando su dignidad ofendida.

—Yo no estaba anoche, señor Barret —sonrió Ronald.

—Lo sé, Ronald, lo sé, pero... usted... todos ustedes saben que soy un poco desmemoriado. Además, siempre puedo ocurrir cualquier cosa que me impida estar en la tienda en el momento de abrir, puedo realizar un viaje, etcétera... por eso, antes de irme anoto un número de tres cifras en determinado lugar... De hecho es un secreto que nadie debe saber. Por más que buscaran en mi despacho nadie que «me hubiese observado expresamente» sabría dónde y en qué lugar están esas tres cifras que son las que corresponden precisamente al cajón donde coloco el dispositivo de alarma.

Los tres empleados cambiaron una mirada entre sí. Su jefe prosiguió:

—«Alguien» debía conocer mi secreto y debía saber también dónde guardaba las llaves dobles, aunque esto último es lo de menos. Se podía sacar una copia. Lo difícil era conseguir la de los otros dos compañeros.

—Me está acusando directamente a mí, señor Barret... Porque la fiesta se celebró en mi casa, usted da por descontado que fue allí donde desaparecieron las llaves, y el único que no la tenía era yo, por eso tenía que robar la doble que guardaba usted.

—No sea tan perspicaz... Cualquiera pudo hacerlo, porque cualquiera sabía que usted, precisamente esta noche, no llevaba su llave...

—Sigue obstinado en acusarnos —exclamó Sutton—. ¡Es increíble! Después de tantos años...

Como punto final, Barret cortó anunciando:

—El collar está asegurado, señores. Ustedes lo saben. Yo no voy a perder absolutamente nada. Únicamente trataba de evitarles molestias. Ahora voy a llamar a la policía.

Irma, la novia, tuvo que quitarse el vestido y ponerse otro, no para ir a la iglesia o a la oficina de esponsales de la alcaldía sino al

puesto de policía de Scotland Yard.

En una salita, Ronald le explicó la situación.

—Lo siento, querida. No esperaba que ocurriese una cosa así precisamente el día de la boda. Alguien ha querido fastidiarnos...

—¿Te han detenido?

—No. No tienen pruebas. Llevamos tres horas repitiendo la misma cantinela. Buscan que incurramos en alguna contradicción...

—Entonces...

—No sé cuánto va a durar esto, pero dudo que puedan esclarecerlo en unas horas. Aplazar la boda por un día no conduciría a nada. He pensado que... puedes hacer tú ese viaje a Rumania. Si las cosas van por buen camino me pondré en contacto contigo de algún modo y vendré inmediatamente. Nos casaremos allí.

—¡Oh, no!

—Cariño... Todo estaba ya planeado, ahora no serviría de nada hacer nuevos proyectos. Hazme caso, quizá tengamos suerte. De lo contrario quédate una semana allá, cuando regreses entonces es posible que ya podamos decidir.

—Ronald... soñaba tanto en este día.

—¿Y qué quieres que yo le haga? Nuestro avión sale a las dos. Ya no es posible anular los pasajes. Faltan dos horas. No lo perdamos todo al menos.

—¿De veras quieres que me vaya?

—Tus abuelos ya te estarán esperando. Ahora se intranquilizarían... Créeme. A lo mejor mañana hay suerte y salgo volando.

Irina vacilaba, Ronald la animó con una sonrisa.

—Insisto, querida. Hubieras realizado ese viaje hace tiempo. Lo aplazaste con la ilusión de hacerlo juntos. Ya ves que ahora no puede ser. ¿Qué harías aquí entretanto? No puedes ayudarme. Esto puede durar meses... Bueno, yo espero que no.

La besó suavemente, pero la caricia degeneró en un abrazo sentido por ambos. Irina tenía lágrimas en los ojos, pero consiguió dominarlas, enjugarlas.

Volvieron a besarse apasionadamente.

El superintendente en persona remachó en las mismas preguntas, interrogando por separado a los tres empleados.

A Ronald le dijo:

—Bien. En tales circunstancias debo rogarle que no abandone usted el país, ni siquiera la ciudad, podemos necesitarle de un momento a otro. Por hoy puede irse a su casa.

Cuando Ronald se dirigía hacia su apartamento, sentado frente al volante de su automóvil, pudo ver perfectamente a través del retrovisor otro coche que le seguía. Aceleró para cerciorarse y obtuvo la certeza de que iban tras él.

Sonrió. Policías. No cabía duda. El truco de dejarle a uno libre para poder seguir sus pasos es común en la policía.

Tanto Fitzgerald como Sutton pudieron dirigirse igualmente a sus respectivos domicilios.

Ya de noche y con las luces de su apartamento apagadas, Ronald observó retirando los visillos de la ventana al par de hombres que montaban guardia frente a los pequeños jardines de la acera frontal.

Eran las diez cuando estaban soltando las amarras de uno de los transbordadores del Támesis.

Un hombre de unos treinta años, pelo rubio y ojos claros, observaba el muelle con cierta impaciencia desde la borda.

Antes de que la pasarela fuera retirada, surgió alguien de la parte más oscura del malecón y echó a correr hacia el transbordador. Tuvo que salvar la distancia de medio metro, que ya separaba el barco del muelle, mediante un salto.

El hombre del pelo rubio se volvió bruscamente y anduvo hacia el lado de babor.

El que acababa de subir siguió al rubio, como un pasajero más. Bueno, en realidad ellos dos eran los únicos que permanecían en cubierta porque el resto se había puesto al abrigo del aire.

El que había saltado en el último momento hacia el barco sacó un estuche de su bolsillo. Era un envoltorio de joyería y lo deslizó a las manos del rubio que había vuelto a encender otro pitillo. Seguidamente dio la vuelta y se quedó en la popa, en la zona más oscura de la embarcación. Era indudable que quería permanecer inadvertido.

El tipo rubio, de ojos claros, abrió el estuche disimuladamente. Aun en la oscuridad, pareció que de su interior surgían mil destellos.

Sí. Era el collar del señor Barret.

Eran las ocho de la mañana cuando el timbre del apartamento de Ronald Banks sonó insistentemente.

Quien tanta impaciencia mostraba era Sutton.

—No he podido pegar un ojo en toda la noche. Ya sé que es temprano, pero siento unas atroces ganas de beber.

—¿Y has venido para que te invite? —sonrió Ronald.

—A esas horas no van a servirme alcohol en ninguna parte. Y lo necesito.

—Creí que ya habías quedado saturado anteanoche.

—No bromees, por favor... He estado pensando. Es absurdo todo esto... Ya sé que no debería confiar en nadie, pero...

Ronald se acercó a la ventana. Llevaba todavía puesto el pijama y lanzó un bostezo.

—¿Qué miras? —se interrumpió Sutton al ver que su compañero de trabajo observaba atentamente la calle.

—Más que mirar, pienso.

—Yo también he estado pensando y... Pero. ¿Qué diablos miras?

—La policía va a creer que estamos confabulados.

—¿Por qué?

—Echa un vistazo. Te han seguido.

—¿Eeeh?

—Te comportas como un idiota, Sutton. ¿Acaso crees que nos han dejado libres así como así? Podían habernos retenido, y lo harán si no aparece pronto el culpable.

—¿La policía nos sigue a todos?

—A los tres. Yo tengo dos guardianes aquí abajo. Ahora hay cuatro. Los tuyos y los míos. Esperemos que a Fitzgerald no se le ocurra venir también.

—¡Green que hemos sido nosotros, pero no tiene sentido!

—¿Por qué no? El collar vale medio millón de esterlinas.

—Escucha... En los apartados había más joyas, y caras, todos lo sabemos. ¿Por qué no se las llevaron todas?

—Tal vez por falta de tiempo —replicó tranquilo Ronald.

—¡Oh, no! El ladrón ha demostrado conocer a fondo la cámara. No sonó la alarma, abrió tranquilamente la puerta y se coló dentro tan campante, posiblemente tuvo toda la noche por delante. ¿Por qué sólo el collar?

Ronald quedó pensativo unos momentos.

—Ahora que lo dices... —murmuró.

—¿No crees que es muy significativo?

—La leyenda del collar, ¿eh? —sonrió Ronald.

—¿Por qué no?

Ronald sirvió *whisky* a su amigo y se preparó un buen café bien cargado.

Luego tomó asiento en el diván y murmuró:

—La leyenda. Muy interesante...

CAPÍTULO IV

Seis años antes el orfebre encargado de la confección de aquel collar estaba trabajando en el taller junto con otro par de compañeros.

Cada cual ocupaba su sitio, bastante separados entre sí. Había llegado ya la hora de cesar el trabajo, pero el hombre que trabajaba en el collar quiso terminarlo.

El propietario del taller solía quedarse hasta tarde, aunque generalmente aprovechaba aquellas horas para poner en orden las cosas de la oficina ya que no tenía que dedicarse a atender a la clientela.

El silencio reinante en el local quedó de pronto truncado por la rotura de unos cristales en la parte trasera que se utilizaba como almacén.

El propietario dijo no haber oído el ruido —lo dijo posteriormente—, pero el orfebre sí que lo oyó y por un extraño presentimiento dejó su trabajo y fue a echar un vistazo.

Alguien había roto la claraboya y había saltado al interior. El desconocido utilizó un revólver para golpear la cabeza del artista joyero, pero éste consiguió esquivar y pasó a defenderse.

El desconocido se encontró con una resistencia que no esperaba y vio cómo el arma le caía por el suelo y él encajaba un par de guantazos de su antagonista.

Fue entonces cuando atraído seguramente por el ruido sordo de la lucha asomó el propietario.

El intruso, en el forcejeo, logró apartar de sí al orfebre y pudo recuperar el arma. Con ella en la mano disparó casi a quemarropa y el autor de aquel collar cayó al suelo, de donde ya jamás podría levantarse por sí mismo.

El intruso salió y vio al sorprendido propietario, blanco como el papel. No tenía ningún tiempo que perder. Había disparado y el

ruido podía atraer a la gente de la calle, por ello disparó por segunda vez para eliminar al testigo.

El propietario cayó herido de suma gravedad, pero aun así pudo ver cuál era el objetivo del ladrón: apoderarse precisamente de aquel collar.

También, en aquel caso, había otras cosas de valor en el taller. El dueño no las recogía para guardarlas hasta la hora de marcharse, pero el ladrón se conformó con el collar.

Los disparos habían sido oídos y alguna gente se había aproximado a la puerta del taller. Entre ellos había un par de gendarmes.

El ladrón buscó una puerta lateral para huir. Lo consiguió pero le vieron. Los gendarmes le dieron el alto, tocaron sus silbatos, pero el fugitivo enfilaba ya una escalera.

Los pitidos atrajeron a otra pareja de servidores de la ley que trataron de cerrarle el paso, allí en el corazón del viejo Montmartre.

El ladrón, desesperadamente trató de ganar una tapia.

El policía disparó al aire para amedrentar al sujeto que se revolvió disparando a su vez, jadeaba, se veía acorralado y no quería dejarse atrapar.

Los guardias repelieron la agresión, y una de las balas alcanzó de lleno al ladrón que cayó rodando varios peldaños.

Cuando se aproximaron a él lo único que pudo decir fueron unas palabras apenas inteligibles, que aparentemente no tenían ningún significado:

—Doctor... Wagram...

—¿Doctor Wagram? —inquirió uno de los gendarmes.

Al principio se creyó que podía tratarse de algún médico amigo suyo, pero en cualquier caso ya nada podía hacer por él. El ladrón murió antes de que llegara la ambulancia que se había pedido para trasladarle al hospital.

El propietario del taller de joyería pasó bastante tiempo sin poder hablar. Al fin, salvada ya su vida, fue quien informó de lo poco que sabía con respecto al collar que había costado la vida a dos personas: al orfebre y al ladrón.

—Lo encargó el conde de Terillac. Pagó la mitad del trabajo.

Un comisario de la Sûreté visitó al conde.

Estaba muy enfermo. El médico consideró su estado como

preagónico y rogó que fuera importunado lo menos posible.

Al comisario le interesaba saber quién era Wagram.

—¿Por qué me pregunta eso? Déjenme en paz —fue la réplica de Terillac.

El estado de coma no se hizo esperar y el conde murió aquella misma noche.

Por expresa voluntad del difunto, nada se había comunicado a su hija, que se pasaba buena parte de su vida viajando por Europa. Terillac no quería alarmarla. ¿O tenía otras razones para no quererla a su lado? Bien, ésa es otra cuestión. El caso es que cuando el conde se vio en peligro de muerte tras un agudo ataque cardíaco mandó confeccionar aquella joya con la máxima urgencia posible, y resultaba paradójico, porque contra lo que podía suponerse, la fortuna del conde se había esfumado y en modo alguno poseía el dinero suficiente para pagar la joya.

Todo esto se supo a la hora de hacer el balance. Hipoteca sobre hipoteca y otras deudas. En conjunto, vendido el collar, quedaron unos pocos francos y nada más.

El propietario del taller de orfebrería también carecía de dinero suficiente para quedarse con la joya y tuvo que venderla.

Mylene de Terillac, la hija del conde, lo único que realmente pudo heredar fue el título. Un título cuya sucesión no estaba clara, pero que ella se atribuyó desde el primer momento haciéndose llamar condesita.

Lo importante es que Mylene parecía muy bien enterada de la existencia de esa joya y fue a visitar al orfebre.

—Lo siento, señorita, los administradores de su padre y yo llegamos a un acuerdo. El collar ha sido vendido.

—¡Vendido! ¿A quién?

El propietario era un coleccionista americano afincado en Francia y Mylene acudió a verle, aunque no disponía de dinero suficiente para pagar la joya aun en el caso de que el americano hubiese querido desprenderse de ella.

—¡Déjemela, sólo le pido que me la deje! —había exigido ella.

—Es usted muy vehemente, preciosa, pero mis objetos personales no los presto.

—Sólo deseo tenerla en mis manos.

—Sueno... Puedo permitir que tu precioso cuello lo luzca esta

noche, si accedes a cenar conmigo, pequeña.

—Soy condesa... Y aceptaré esa cena —repuso ella tragándose a medias su orgullo.

El americano, un hombre voluminoso y con aspecto de sapo resultó lo que ya cabía esperar de sus bastos modales.

La cena tuvo lugar en el domicilio del americano, un antro donde sobraba lujo y faltaba gusto.

El tipo con cara de sapo no sólo quiso propasarse con Mylene de Terillac sino que además lo hizo del modo que menos puede soportar una mujer: groseramente.

Grosero en el hablar y cerdil en el proceder. Mylene le abofeteó con ganas y salió de la casa... claro que llevaba el collar puesto y el americano era capaz de perdonar el desplante, pero nunca que se le llevaran el collar.

La villa tenía un pequeño jardín que Mylene cruzó como un rayo. El americano corrió tras ella con más agilidad de la que aparentaba. Ella pasó al otro lado de la calle y en aquel momento debió advertir que llevaba algo que no le pertenecía, se lo quitó y lo arrojó en mitad de la calle.

El americano, bufando, llegó hasta la joya mientras gritaba:

—¡Zorra! Tú no eres condesa ni eres nada... Una pelanas. Eso es lo que eres... ¿Qué querías? ¿Cena gratis?

Tomó el collar y lo colocó entre sus gruesas manazas.

No se sabe bien si no se apercibió del automóvil que venía lanzado o si a pesar de ver los focos pensó que el conductor aminoraría la marcha, el caso es que ni el americano se apartó ni el conductor frenó a tiempo.

Aquella fue la tercera víctima, aunque de forma indirecta, del collar.

Posteriormente y tras algunos cambios de mano la joya fue a parar a manos de Barret, que la entró legalmente a Inglaterra para exponerla en su tienda y venderla.

Mylene Terillac tardó bastante en enterarse del nombre de su nuevo propietario y cuando lo supo se dispuso a ir a Londres y voló hacia la capital inglesa para ver expresamente la joya.

Tampoco tenía el dinero suficiente para adquirirla y decidió regresar, pero un accidente a causa de la niebla llenó las páginas de los periódicos como siempre que ocurre un suceso de importancia.

El avión chocó en el mismo aeropuerto de Orly, al aterrizar, y hubo algunas víctimas. Tres muertos y algunos heridos graves. Entre estos últimos figuraba la Terillac.

La condesa tardó casi un año en sanar por completo, pero los cirujanos hicieron un buen trabajo con ella, porque su belleza, lejos de peligrar con las intervenciones quirúrgicas de que tuvo que ser objeto, parecía haber aumentado.

Bien. Ésta es la leyenda en la que Ronald estaba pensando sentado en el diván de su apartamento.

Una leyenda que, por una vez, aún no había traído ninguna desgracia en forma de muerte, puesto que la condesa seguía viva. En todo caso la mala suerte sería para la compañía aseguradora de la joya, si ésta no aparecía.

Quedaba otro punto un tanto confuso y era el nombre de Wagram... Doctor Wagram.

La Prensa, más o menos por la época del asesinato del orfebre, había hablado reiteradamente de un tal doctor Wagram...

De ese doctor estaban hablando precisamente Ronald y Sutton, cuando éste ya había consumido su segundo *whisky* de la mañana y una llamada del superintendente del Yard les interrumpió.

—Señor Banks, le ruego tenga la amabilidad de venir a mi despacho.

Y Ronald contestó con buen humor:

—Sutton está conmigo. Si le quiere a él también puede ahorrarse la llamada. Lo llevaré yo mismo en mi coche.

—Es una excelente idea —repuso el superintendente y colgó.

Al colgar, Ronald comentó:

—Bueno. De todos modos ya debía saber que estabas aquí...

En el coche, que el joven conducía desde Chelsea hasta Scotland Yard, siguieron hablando de la leyenda.

Ambos, y todos los que trabajaban en la joyería, la conocían porque el propio Barret la había contado.

—Ese doctor Wagram fue uno de los sabios que secuestraron en los tiempos de la guerra fría, ¿verdad? —inquirió Sutton.

—Eso es. Y se dijo que había huido de determinado país con rumbo desconocido y naturalmente lo perseguían.

—Debía poseer importantes secretos —comentó Sutton.

—Eso es indudable, y los que le perseguían, como es natural, no

querían que esos secretos pudieran divulgarse. Es probable que le hubieran matado.

—Pero... ¿Qué puede tener que ver un médico aunque sea un sabio con un collar?

—Eso es lo que todo el mundo ignora.

—¿Y el robo de ahora...? —Y haciendo una brusca transición, Sutton añadió—. Deberíamos decirlo al superintendente. Puede que él ignore todo ese jaleo.

—Si ese Wagram y el collar tienen algo que ver no te quepa duda de que el Yard sabrá de esto más que nosotros...

—Lo que no comprendo es que... después de tanto tiempo... Eso es lo que me ha dado que pensar.

—Te estás contradiciendo, Sutton. Viniste a mi casa para decirme que te parecía muy extraño que el ladrón se hubiera llevado únicamente el collar pudiendo robar todo lo que había en la cámara...

—Intenté decirte que si no había robado nada más era porque lo más importante para él era ese collar... Yo también había pensado en esa leyenda que siempre consideré estúpida... sin fundamento. No creas que me contradigo.

—No creo que la leyenda sea tan estúpida... Ni creo que el ladrón sea un profesional... Seguro que este asunto dará bastante de qué hablar.

—¿Por qué demonios tratan de implicarnos a nosotros? —protestó Sutton sirviéndose un nuevo trago de la botella del pequeño bar del auto.

—La obligación de la policía es sospechar de todo el mundo... Y las llaves las teníamos nosotros.

Sutton miró a su compañero de trabajo como si tratara de acusarlo de algo, quizá porque el robo de las llaves había ocurrido precisamente en su casa.

Pero Sutton, si pensaba o sospechaba algo, lo calló. Trasegó el alcohol y se mesó los cabellos.

—¿En qué va a terminar todo esto? No me atrevo a mirar cara a cara a los amigos...

—El más perjudicado soy yo. Recuerda que dejé plantada a mi novia.

—¡Oh, sí! Pero ¿y los demás? Tenemos nuestra reputación.

Iba a servirse un nuevo trago, pero la mirada de Ronald le contuvo.

—Bebes demasiado...

—Lo siento. La verdad es que hasta que esto no se aclare... ¿Y Fitzgerald? ¿Qué opinas de él?

—Si lo del collar está relacionado con Wagram estamos ante un asunto de espionaje... Fitzgerald no es precisamente un James Bond...

—¡Tonterías! ¿Crees que existe un prototipo de espía? —arguyó Sutton tentado por volver las manos hacia el pequeño bar.

—Dejemos de divagar, querido amigo... La policía se encargará de todo, por eso cobran. Nosotros, como casi siempre, seremos los últimos en enterarnos de todo.

—Estoy confundido, Ronald. De veras. Éste es un asunto extraño...

Habían llegado ya a su destino. Fitzgerald también estaba allí, en la antesala del despacho y al verle, Ronald comentó burlón:

—Bueno. Ya estamos los tres reunidos. ¿Qué sorpresas nos deparará hoy el superintendente?

Fitzgerald le lanzó una mirada llena de reproche como si desaprobara el que Ronald se tomara aquello tan a la ligera.

CAPÍTULO V

Simultáneamente, por el distrito del Soho, unos agentes de paisano estaban distribuyendo las fotografías de un hombre de cabello rubio y ojos claros.

Sí. El mismo sujeto a quien alguien le había entregado la joya robada.

—Se llama Simon Slake. Detrás de la fotografía hay un número de teléfono, si ven a ese hombre llamen. Es un sujeto peligroso.

El rechoncho propietario de uno de los tugurios miró largamente el retrato y murmuró:

—Yo lo tengo visto, pero hace tiempo que no viene por aquí.

—¿Solía venir con frecuencia? —preguntó uno de los agentes.

—¡Psé! No sé. Soy bastante buen fisonomista y sé que venía. Cliente asiduo, desde luego no era.

—Bien. Si le ve, llámenos. Que no se dé cuenta. Es un individuo muy listo. Recuérdelo.

—Descuiden —dijo el tipo rechoncho.

El mismo retrato que estaban pasando los agentes por el barrio del Soho, lo mostró el superintendente a los tres empleados de la joyería.

—Se llama Simon Slake, puede que utilice otro nombre. ¿Le han visto alguna vez? —inquirió el policía.

La fotografía pasó de mano en mano. El superintendente parecía muy atento en adivinar las reacciones de los tres hombres. Sin embargo, ninguno de ellos hizo la menor indicación o gesto sospechoso que pudiera dejar entrever que conocía al sujeto de pelo rubio y ojos claros de la foto.

El último en verla fue Ronald, que la devolvió al superintendente con una sonrisa y una pregunta:

—¿Quién es?

—Sabemos que ese hombre tiene la joya.

—¿Eeeh? —Fitzgerald casi pega un salto.

—Entonces —adujo Sutton—, eso prueba que nosotros no somos responsables.

Ronald se mantuvo a la expectativa porque el superintendente tenía algo más que decir. Y lo soltó:

—Prueba sólo que él posee la joya. Lo sabemos porque intentó venderla. Ahora lo que falta saber es: ¿quién se la dio?

Los tres cambiaron una nueva mirada un tanto desconcertados.

—Puede haberla robado él mismo, ¿no? —comentó Fitzgerald.

—Sí, claro. Pero ese hombre es totalmente desconocido por el señor Barret. Nadie le vio jamás en la tienda y en cambio el ladrón «sabía perfectamente el terreno que pisaba». ¿Comprenden?

—Usted quiere decir que... que sigue pensando que uno de nosotros somos los cómplices de ese... sujeto —adujo Sutton.

—No afirmo tanto. Únicamente les he preguntado si le conocían... Ya veo que no.

—¿Podemos marcharnos? —inquirió Fitzgerald rápidamente.

El policía pareció dudar. Luego de mirar detenidamente a cada uno de sus interlocutores, declaró:

—Están ustedes libres, señores. Ese hombre caerá. Y entonces sabremos lo que nos interesa. Buenos días.

Fitzgerald y Sutton casi no podían creer que estaban realmente si no fuera de sospechas, sí por lo menos libres, al menos de momento.

Ronald no hizo el menor comentario, se limitó a estudiar al policía como si tratara de adivinar lo que estaba pensando interiormente.

Luego preguntó:

—¿Puedo irme a Rumania? Recuerde que mi boda está pendiente.

—¿Cuándo volverá, señor Banks? —preguntó el del Yard.

—Tengo un mes de permiso... Bueno, ya he gastado dos días.

—Puede irse... Y que sea usted feliz. —Y el superintendente pareció hablar con doble sentido. Lo cual a Ronald no le pasó inadvertido.

Eran más de las nueve de la noche cuando el hombre rubio de ojos claros, al que los agentes habían denominado Simon Slake,

surgió de una esquina y después de asegurarse de que nadie le seguía, cruzó la estrecha calle para dirigirse al bar del hombre orondo que anteriormente había declarado serle familiar el rostro del retratado.

Simon Slake entró en el bar y fue directamente al mostrador.

—Espero a alguien —dijo—, y me gustaría poder hablar en privado. ¿Tiene algún sitio por ahí dentro?

El propietario del local escudriñó el aspecto del recién llegado y, sin duda alguna, le asoció con la fotografía.

—Claro. Tengo un sitio... ¿Por quién preguntará la persona que usted espera?

—Por Smith —replicó Simon Slake.

—Bien. Eso le costará algún dinero. Tengo algunos reservados, pero...

—No importa —atajó Slake y dejó un billete sobre la mesa.

El dueño del bar pareció complacido, tomó el billete y murmuró:

—Detrás de la cortina. Hay una puerta al fondo. No se confunda con la del retrete. Está al lado.

Slake asintió y siguió la dirección que le indicaba el tabernero que apenas se hubo asegurado de que el cliente acababa de encerrarse en la puerta del fondo del corredor, se apresuró a acudir al teléfono y marcar el número que figuraba escrito detrás de la foto de Slake.

—Oiga... El hombre que buscan lo tengo en mi bar... ¿Hay alguna recompensa?

Escuchó las palabras que le dirigieron del otro lado del hilo y al cabo de unos segundos, añadió:

—Bien, ya conocen las señas... —las recalcó para que no se equivocaran y seguidamente colgó.

Los agentes tardaron menos de cinco minutos. Acudieron en un solo coche, del que se apearon cuatro hombres, todos ellos armados.

Slake parecía haberse olido algo porque salió casi al mismo momento en que los agentes entraban en el establecimiento. No le dieron tiempo a ganar la puerta y uno de ellos advirtió:

—¡Alto!

Toda la escena se desarrolló en el interior del bar y fue realmente breve. Slake había tratado de sacar un arma del interior de su chaqueta.

—¡No! ¡No lo hagas! —le gritó uno de los recién llegados.

Slake, sin embargo, trató de completar su acción y entonces sin más dilación comenzaron a sonar los disparos.

Cuatro metralletas acribillaron al hombre del pelo rubio y ojos claros que cayó primero de rodillas, para quedar tendido de bruces en el suelo. No había salido una sola gota de sangre de su cuerpo, pero era evidente que estaba muerto.

—¡Una ambulancia! —dijo uno de los agentes que parecía tener autoridad sobre los demás.

El encargado de efectuar la llamada buscó el teléfono. El dueño del bar se lo indicó.

El silencio era tal que los numerosos testigos —la concurrencia del bar—, pudo oír perfectamente la respuesta que obtenía del otro lado del hilo el que pidió la ambulancia.

—Ahora mismo sale para ahí.

—Que todo el mundo continúe en sus sitios —ordenó uno de los agentes a la estupefacta e inmóvil clientela.

El dueño del bar, tras el mostrador, se había convertido en una auténtica estatua. Los demás se miraban entre sí y de cuando en cuando echaban una ojeada al cadáver.

Los agentes se mostraban serenos, impertérritos. Uno de ellos vigilaba la calle. Otro había comenzado a registrar el cadáver. Los otros dos, metralleta en mano, todavía se hallaban en el centro del local.

Pasaron un par de minutos, tres acaso. El silencio continuaba total e impresionante.

Luego empezó a sonar la lejana sirena del coche ambulancia.

El agente que estaba en la calle permanecía atento. Los disparos habían atraído a algunos clientes de las tabernas vecinas, pero no se atrevían a avanzar.

La sirena se hizo más audible, señal inequívoca de que el vehículo se aproximaba a la zona.

Otro de los agentes salió y mostró su metralleta.

—Retírense. Esto no les interesa.

El que había registrado al cadáver y que era uno de los que aquella misma mañana había estado repartiendo las fotografías se encaró con el del bar para decirle:

—Somos del departamento de Seguridad Nacional. Después

volveremos para interrogarle.

La sirena sonaba ya con mayor fuerza o al menos lo parecía. Estaba ya próxima.

Una pareja de *policemen* llegaba corriendo por el lado opuesto que seguía la ambulancia.

El vehículo se detuvo frente al local y se apearon un par de sanitarios que rápidamente saltaron para sacar de la parte trasera la camilla.

Los dos *policemen* hicieron acto de presencia.

—¿Qué ha ocurrido? —inquirió uno de ellos.

Los sanitarios iban a entrar con la camilla. El agente jefe se encaró con los guardias.

—Seguridad Nacional —y dirigiéndose a los camilleros añadió —: Llévenselo. Deprisa. Ya saben dónde.

Los policías no comprendían muy bien.

—Éste no es asunto de ustedes. Pueden informar a sus superiores. Ellos saben lo que tienen que hacer —siguió el agente jefe, mientras los sanitarios habían depositado ya el cadáver de Slake para trasladarlo a la ambulancia.

Los *policemen* seguían sin ver aquello demasiado claro, pero la insignia de la Seguridad Nacional, o servicio secreto de la reina era más elocuente que la parquedad informativa de sus agentes.

—Listos —dijo otro de los agentes.

—Buenas noches, señores —repuso el jefe.

Rápidamente, los cuatro hombres volvieron al coche en el que habían venido y marcharon velozmente tras la ambulancia que salió de la estrecha calle prácticamente de estampida.

A lo lejos la sirena del vehículo de la sanidad dejó de sonar y en vez de enfilarse directamente hacia el hospital más próximo, tomó la ruta de uno de los muelles.

Dio un rodeo para detenerse en un callejón. Entonces allí sucedió algo insólito.

Los hombres que iban en el automóvil, lo abandonaron también para abrir la portezuela trasera de la ambulancia y de ella salió tan campante, vivito y coleando el individuo al que se suponía que acababan de acribillar a balazos.

Sí. Slake seguía con vida.

Diez minutos después, los cuatro «agentes», junto con los dos

sanitarios y el propio Slake, cruzaban la pasarela de un buque anclado en el muelle.

El capitán se limitó a decir:

—Se han retrasado cinco minutos. Íbamos a partir sin ustedes.

El que en todo momento había llevado la voz cantante se limitó a replicar:

—Ya puede zarpar cuando quiera, y cuanto más aprisa lo haga mejor.

Poco después los siete hombres se alojaban en tres camarotes distintos del buque mixto.

La bandera que ondeaba en la embarcación era la de Grecia.

El «jefe», junto a Slake, murmuró:

—Haremos escala en un puerto alemán del mar del Norte y desde allí nos trasladaremos a Berlín para seguir hasta Rumania.

Slake, tras un corto silencio, murmuró:

—No tardarán en adivinar que todo ha sido una comedia...

—No te encontrarán —respondió el jefe.

—No estés tan seguro. Pertenezco al Servicio Secreto de Su Majestad. Y ahora me he convertido en un traidor.

El otro sonrió.

—No te irá mal... Lo que se saque por el collar es tuyo. ¿No es eso lo pactado?

Slake asintió.

—Bien —repuso el otro—. Pero de momento el collar nos pertenece. ¿Dónde lo llevas?

Slake se metió una mano en el bolsillo interior de su chaqueta y lo mostró.

—Ahí está.

—Bueno. Durante el viaje voy a guardarlo yo. ¿De acuerdo? —sonrió el «jefe» guardandoselo en un bolsillo de la gabardina.

El barco salía ya de la rada, descendiendo por el Támesis en busca del mar libre.

CAPÍTULO VI

Ronald estaba ya prácticamente listo para salir de su apartamento y dirigirse al aeropuerto.

La tarde anterior había solicitado y obtenido plaza para uno de los aparatos en dirección a Berlín, con enlace en Bucarest.

Echó un vistazo en derredor para comprobar que no se olvidaba nada cuando le sorprendió el timbre de la puerta.

Consultó su reloj. Tenía tiempo suficiente. Abrió y se encontró con un repartidor.

—¿Es usted Ronald Banks?

—Sí, yo soy.

El repartidor le entregó una cartera de mano de las que popularizó James Bond.

—¿Qué es esto? —inquirió al serle entregado el objeto.

—Para usted, señor. Portes pagados. Tiene que firmar aquí.

Ronald dudó unos instantes pero al fin aceptó la cartera y firmó el resguardo que le presentó el empleado.

A solas, colocó el maletín sobre una mesita, lo examinó atentamente y se decidió a abrirlo. Estaba cerrado.

—¿Qué clase de broma es ésta? —se dijo a sí mismo, en voz alta.

Sonó el teléfono y lo atendió sin dejar de mirar el maletín.

—¿Quién es?

Le contestó una voz absolutamente desconocida que le dijo:

—Señor Banks...

—Sí.

—Escuche, abajo le espera un taxi. Tómelo. El chófer le entregará la llave del maletín que acaba de recibir.

—Oiga. ¿Quién es usted? —inquirió el joven.

—No haga preguntas y atienda a las instrucciones que le dé el chófer. Sígala al pie de la letra. Eso es todo —y la voz dejó de oírse. Su interlocutor había colgado el teléfono.

Fue inútil que Ronald tratara de restablecer la comunicación. Habían cortado.

Decidió tomar su maleta y el misterioso maletín o cartera de mano y bajar a la calle.

En efecto, había un taxi detenido enfrente del portal de su casa y un *policemen* que se aproximó para advertirle que estaba estacionado en lugar prohibido. Afortunadamente, apareció Ronald y el chófer comentó:

—Ahí está mi cliente. ¡Eh, por aquí, señor!

Ronald, sin dudar, se metió en el interior del taxi, con la maleta a su lado y la cartera de mano sobre sus rodillas. No dijo nada. Esperó a que fuese el conductor quien tomara la iniciativa, pero éste tampoco despegó los labios mientras enfilaba hacia la salida de la ciudad en dirección al aeropuerto de Heathrow.

El silencio se prolongó durante veinte minutos.

Ya en plena carretera, el conductor se desvió por un camino solitario y abundante de vegetación y una vez allí detuvo el vehículo. Se volvió hacia el cliente y le entregó una llave.

—¿Le han advertido, verdad? —dijo por todo comentario.

—Desearía que fueran más explícitos. No entiendo nada de lo que ocurre.

—Abra el maletín. Puede hacerlo —respondió el conductor.

—Lo estoy deseando. Créame. —Y Ronald dio la vuelta a la llave para examinar el contenido de la cartera.

Había un montón de revistas y periódicos. Es lo que se veía a simple vista, pero apartando los papeles aparecía un estuche. Un estuche de joyería.

Dentro del estuche había algo que hizo agrandar los ojos a Ronald.

—¡El collar! —exclamó.

—Ahora ciérrelo y guárdese la llave o tírela. Es lo mismo.

—Pero... ¿qué significa?

—Escuche, señor Banks. Las instrucciones son las siguientes...

—Un momento... un momento...

—Atienda o va a perder el avión.

—Bueno, hable. Luego yo diré lo que crea conveniente —aceptó Ronald.

—No tendrá ninguna dificultad para salir del país. Tampoco la

tendrá cuando llegue a Alemania, como está en tránsito no tendrá que pasar la aduana.

—Bien, ¿qué más?

—Conserve esa cartera con usted y no se sorprenda cuando en algún lugar determinado de su viaje, alguien con una cartera exactamente igual a ésta se la cambie...

—Bien. ¿Qué más?

—Un momento... Alguien debe sustituir esa cartera por otra... si no he oído mal.

—En efecto. Usted no haga absolutamente nada por impedirlo. Es todo lo que le pedimos.

—¿Y... si me negara?

—Su viaje a Rumania quedaría cancelado. El superintendente le haría a usted unas cuantas preguntas que, sin duda, no podría contestar.

—Esto es un chantaje...

El conductor sonrió.

—Usted está metido en esto, amigo. A veces no se puede elegir... ¡Ah! Tendrá usted una buena recompensa. Me han encarecido que se lo comunique.

—Servicio Secreto de Su Graciosa Majestad —repuso Ronald con la expresión propia de cansancio.

—Cuidado. No debe pronunciar en absoluto esta palabra... Usted es un hombre que va a reunirse con su prometida para casarse.

—¡Y es lo que voy a hacer! —exclamó Ronald.

—Pues, démonos prisa. No vaya a perder el avión.

Y ya sin más comentarios, el conductor pisó a fondo para regresar a la carretera y proseguir el viaje.

El vuelo se estaba realizando sin ninguna novedad. Cuando Ronald observó desde su ventanilla, vio a más de seis mil metros de altura el tono plateado del canal. El avión estaba cruzando el océano en dirección al continente. Se avistaba ya la costa francesa.

Ronald iba pensativo y de cuando en cuando echaba una somera ojeada a sus compañeros de viaje.

¿Cuál de ellos llevaba un maletín igual que el suyo? ¿Y en qué momento se efectuaría el cambio?

El vuelo continuó con toda normalidad sin que ocurriese nada

en absoluto.

Llegaron a Berlín Oeste.

El enlace para Bucarest tardaba hora y media y los pasajeros con destino a esa capital fueron invitados a pasar al bar que carecía de salida. Desde allí sólo podía volverse a las pistas.

Ronald, tras tomar un *whisky*, se sentó en uno de los cómodos butacones de la sala de espera y depositó la cartera al lado del asiento.

De alguna parte surgió el individuo de baja estatura y ojillos de rana, compañero del barbudo que tres días antes había merodeado frente a la joyería.

El hombrecillo, joven, pero insignificante por su aspecto, miró en derredor como si quisiera cerciorarse de que nadie estaba pendiente de su presencia. Luego avanzó hacia la butaca donde se hallaba sentado Ronald, y en su mano portaba una cartera exactamente igual a la del empleado de la joyería.

El hombrecillo llegó junto a Ronald y observó que había una butaca libre al lado. Dejó su maleta junto a la de Ronald y se sentó.

Ronald había observado perfectamente el detalle.

«Ése es», se dijo a sí mismo.

Los que aguardaban en la sala-bar

sumaban una treintena de personas entre hombres y mujeres.

Dos de los que aguardaban estaban aparentemente interesados en las noticias de sus respectivos periódicos, pero, en realidad, observaban fijamente las carteras.

El de los ojillos de rana fumaba tranquilamente sin dar muestra alguna de nerviosismo. Ronald se dominaba también observando al resto de los que esperaban como si temiera que de un momento a otro fuera a suceder algo.

Al fin un altavoz anunció que los pasajeros con destino a Bucarest podían personarse a la puerta de salida.

Casi todo el mundo se puso en pie en el acto y también lo hizo el hombrecillo de los ojos de rana que fue en busca de su cartera, pero que tal y como Ronald esperaba, tomó la suya. El cambio había sido realizado, detalle que no pasó por alto a los dos lectores de periódicos que cambiaron una mirada entre sí. Luego uno comentó al otro:

—Es ése... —Y señaló discretamente a Ronald mientras éste, con la cartera cambiada, ya se dirigía hacia la puerta de salida a la pista.

El avión despegó a su hora y el vuelo se realizó con absoluta normalidad.

El hombrecillo de los ojos de rana no viajaba en aquel avión, pero en cambio sí lo hacían los otros dos hombres que en la sala de espera del aeropuerto del Berlín Oeste habían sido testigos del cambio de carteras.

Ronald admiró Bucarest desde el aire. La ciudad ofrecía el contraste natural con sus viejas edificaciones y la parte moderna de la ciudad. La vasta llanura en que se asienta la capital rumana y que se extiende desde el Danubio a los Balcanes, quedaba cortada por el curso del Dambovitza.

El avión iba perdiendo altura al aproximarse al aeropuerto en el que tomó tierra momentos después.

Ronald había realizado el viaje sin avisar a su prometida.

Pasó la aduana sin novedad. Los oficiales observaron brevemente su equipaje, pero se abstuvieron de pedirle que abriera la cartera de mano.

A la salida del edificio del aeropuerto, Ronald llamó a un taxi y dijo al chófer.

—A Colentina. El número 2 de la calle Warsis.

Tuvo que repetir las señas, porque el conductor no conocía en absoluto la lengua de Shakespeare y Ronald hizo uso del escaso rumano que había aprendido al lado de Irina.

Apenas el taxi se puso en marcha, Ronald observó a un automóvil negro que parecía seguirles.

Cierto que por la carretera iban otros coches, pero se sentía intranquilo y para comprobar si el coche negro le seguía o no, ordenó al conductor que fuera más despacio.

—Soy turista y me gusta admirar el paisaje —se hizo entender y el conductor pareció agradecer el interés del extranjero.

Pero el interés de Ronald era únicamente por el vehículo negro que también había aminorado la marcha.

«Esto no me gusta», pensó.

Seguidamente dio instrucciones al conductor para que acelerara.

El conductor presionó ligeramente el pedal del gas, pero no con

la intensidad que deseaba el inglés.

El vehículo negro seguía detrás y también había aumentado ligeramente la velocidad, pero sin extralimitarse. Se diría que se contentaba con no perder las distancias.

—Un poco más deprisa, por favor —pidió Ronald luchando por hacerse comprender.

El chófer era un hombre campechano, muy diferente a los conductores de taxi de la capital de la que procedía Ronald. Parecía más bien un hombre de campo. No era desagradable, pero parecía escasamente predispuesto al diálogo.

Ronald echó una nueva mirada a su espalda. Pensó que el conductor ni siquiera había advertido la presencia del vehículo negro que seguía implacable al mismo ritmo del taxi.

La carretera doblaba ligeramente, para proseguir con otra recta interminable.

Donald hubiera dado cualquier cosa por ser él quien condujera el coche.

—Tengo un poco deprisa, ¿sabe? Estoy seguro que este coche puede alcanzar más de los cien kilómetros por hora.

El conductor alzó los hombros como si no hubiese comprendido.

—Más rápido, más rápido... ¿Me comprende?

—¡Oh, sí! —repuso por fin el taxista.

—Vamos, inténtelo... Le daré una buena propina, ¿eh? Pise a fondo. Pise. ¿Me entiende?

—¡Oh, sí!

Empezaba a impacientarse desacreditando a la tan cacareada flema de su país.

—¿Es todo lo deprisa que puede ir? —inquirió, conteniendo su desespero.

—¡Oh, sí!

—¡Oh, no! Usted puede correr más... —Y le mostró un puñado de dinero—. Correr más... ¿Entiende ahora?

—¡Oh, sí! Yo comprendo... —repuso por fin el hombre, y al instante el automóvil pareció duplicar la velocidad.

—Vaya. En esto no se diferencia nada cosa de los taxistas de mi país —dijo Ronald.

—¿Cómo?

—Nada. Expresaba un pensamiento en voz alta. La verdad es

que no me gusta correr pero ahora es distinto.

—¿Distinto?

Ronald buscó una excusa para justificar su prisa y creyó haberla encontrado.

—Es que... voy a casarme.

—¡Oh! ¡Enhorabuena!

—Gracias.

—¿Su novia vive en Colentina?

—No exactamente. Es inglesa. Tiene familia en esas señas que le he dado...

—¡Ah! Colentina es un barrio residencial. Muy bonito. ¿Se casarán aquí?

—Bueno. Seguramente.

—Comprendo que tenga prisa en ver a su novia. ¿Lleva muchos días sin verla?

—No. Un par —repuso Donald.

Esta vez el chófer no acabó de comprender la cosa. Sin embargo, se abstuvo de hacer ningún comentario.

—Apriete un poco más, amigo... Más deprisa...

—No se preocupe, más vale llegar un minuto tarde que no llegar nunca.

—Es que despacio seguro que no llegaremos nunca —suspiró Ronald.

Ronald hablaba casi vuelto de espaldas, observando el coche negro que aceleró en la misma medida que lo había hecho el chófer del taxi.

La carretera estaba escasamente transitada. Los vehículos que habían salido del aeropuerto habían pasado ya o habían tomado otras direcciones. Ronald pensaba rápidamente mientras ante sus ojos desfilaba el monótono paisaje del llano.

—¿Hay alguna carretera secundaria? —preguntó al chófer. Y tuvo que repetirlo, porque el rumano no le comprendió demasiado bien.

Cuando entendió la pregunta de Ronald, el conductor replicó:

—Hay una que se dirige a esa pequeña colina que se ve al fondo, pero eso nos desviaría de la ruta.

—No importa, siga hacia allí y dese prisa.

—¿Qué ocurre? De pronto quiere ir despacio, de pronto deprisa.

Ronald alargó al conductor un billete de cinco libras esterlinas.

—Cámbielo en cualquier parte y tendrá mucho más si sigue mis instrucciones. Es muy importante.

Fue entonces cuando el conductor observó el coche negro. Creyó comprender y mostró su intranquilidad. Pisó a fondo sin necesidad que Ronald tuviera que repetírselo.

La persecución se intensificó y el chófer comenzó a sudar. De buena gana hubiera preferido no realizar aquel viaje.

El cruce llegó al fin al cabo de unos tres kilómetros angustiosos. Los frenos chirriaron cuando el chófer del taxi los pisó para no salirse de la carretera.

Los otros iban lanzados y tuvieron que aminorar la marcha para tomar la pronunciada curva de la ruta secundaria.

El montículo hacia el que el taxi se dirigía estaba lejos aún y el automóvil negro seguía a unos cincuenta metros de distancia.

El chófer pronunció algunas palabras en su idioma, mientras Ronald se lamentaba de que todas las carreteras fueran tan rectas.

—Si al menos hubiese alguna curva, algún lugar donde camuflarnos.

La superficie comenzó a elevarse en suave rampa hacia el montículo. Se alejaban del centro y comenzaban las primeras curvas.

—Oiga... Si sigue mis instrucciones no ocurrirá nada. ¿Me comprende usted?

—¿Por qué no elegía usted otro taxi? —Casi lloriqueó el rumano.

—Oiga, es preciso que haga un esfuerzo para comprenderme. Es de vital importancia...

—Sí, sí, diga...

Los que iban en el automóvil negro eran dos hombres, uno conducía y el otro manipulaba una metralleta.

El segundo murmuró:

—Vamos, acelera ya. Estamos a punto de alcanzarlos. Basta que te mantengas un momento tan sólo a su lado. Será lo más fácil que haya hecho en mi vida.

El conductor del vehículo aceleró al máximo ganando terreno al taxi que se perdió tras la primera curva.

La carretera durante medio kilómetro presentaba la parte más

sinuosa de su recorrido y Ronald en aquellos quinientos metros había cifrado todas sus esperanzas.

El llano seguía hacia la parte izquierda de la ruta. La altura llegó a ser hasta de unos cuarenta metros, precisamente en donde las curvas eran más pronunciadas.

El auto negro llegó hasta unos veinte metros del taxi.

—Lo alcanzaremos en la siguiente curva —dijo el chófer al otro, que bajó la ventanilla y preparó su metralleta.

Con un esfuerzo más, el vehículo alcanzó la curva. El taxi estaba allí, pero algo había sucedido porque se halla detenido.

—¡Cuidado! —exclamó el que portaba la metralleta.

El conductor no tenía tiempo material para frenar. La colisión era inminente y trató de evitarla echándose hacia la cuneta.

Alcanzó en parte al taxi que hizo una extraña maniobra quedando al borde del precipicio con peligro de caer por él. El vehículo negro quedó materialmente empotrado en la pared contigua a la cuneta.

El de la metralleta salió expulsado del interior y el arma rodó sobre el asfalto de la carretera. El conductor se había dado en alguna parte y permanecía medio atontado.

Entre la vegetación, el asustado conductor del taxi y Ronald habían sido testigos del choque.

—¡Mi coche! —se lamentaba el taxista.

Pero Ronald no tenía tiempo para lamentaciones, tenía que aprovechar la ligera ventaja y no dudó ni un solo instante. Saltó hacia la carretera y antes de que el de la metralleta pudiera recuperar el arma, de un puntapié la lanzó al vacío.

El otro se incorporó dispuesto para la lucha. Era un hombre alto y macizo, de peso superior al de Ronald, pero éste contaba con su agilidad de contumaz gimnasta y con el entrenamiento cotidiano. Saltó sobre él aplicándole una magnífica llave de judo.

Alcanzó con los pies el rostro de su rival, que cayó al suelo sin doblarse.

Ronald le ayudó a incorporarse, pero fue para castigarle con dos precisos golpes al pecho rematados por otro par en las vértebras.

Su antagonista lanzó un gemido antes de caer por segunda vez.

El chófer había salido del vehículo y trataba de sacar un arma que llevaba en el bolsillo.

La voz del taxista fue providencial para Ronald.

—¡Cuidado! —advirtió el chófer.

Ronald, con un tremendo salto acometió a su nuevo enemigo, derribándole contra el coche. Luego le retorció el brazo obligándole a que soltara el arma, para castigarle con un par de directos precisos y contundentes que le demolieron el estómago, y rematar la paliza con un gancho en la mandíbula.

El grandote y macizo que había recibido las primeras caricias de Ronald estaba ya tras él dispuesto a devolverle los golpes. Le obligó a volverse, pero no consiguió alcanzarle en su pegada, porque Ronald supo cubrirse bien para pasar al ataque con una técnica de la mejor escuela.

Lanzaba golpes cortos, pero fulminantes, obligando a su rival a retroceder, hasta que consiguió desarbolar por completo su guardia y a partir de este momento lo tuvo a su merced.

Ronald pudo golpearle a diestro y siniestro como si su antagonista fuera un vulgar *punching-ball*.

Pero el otro se había reanimado y trataba de alcanzar otra vez el revólver.

Ronald se revolvió y masculló:

—Ya me estoy cansando. —Y con una patada inutilizó el brazo derecho del tipo que apenas se enderezó recibió otro gancho contundente que le dejó definitivamente K. O.

El tipo más corpulento yacía también sobre el asfalto, inmóvil.

El taxista tenía la sensación de haber estado viviendo un sueño. Miró a los dos hombres y luego a Ronald. Seguramente se dijo que por su aspecto, su cliente no le había parecido capaz de aquella hazaña y posiblemente no la hubiese creído de no haberla presenciado por sí mismo.

—Ahora podemos regresar —dijo Ronald.

—¡Oh! Mi coche...

—No se preocupe. Yo pagaré la reparación. Varaos. Deprisa. Ahora es cuando más deseo ver a mi prometida —sonrió Donald recobrando su impertérrito buen humor que sólo había olvidado el tiempo que duró la lucha.

Apenas el taxi se había puesto en marcha, al llegar a la segunda curva se cruzaron con otro vehículo en cuyo interior viajaban otro par de hombres.

Si Ronald se hubiese fijado bien en ellos posiblemente les habría reconocido como a dos de los pasajeros del vuelo Berlín-Bucarest.

Eran justamente los dos individuos que habían sido testigos del cambio de maletas.

CAPÍTULO VII

Slake, el agente del Servicio Secreto británico que había traicionado a su país se hallaba en un hotel de Bucarest junto al jefe de la falsa partida de agentes y otro de los compinches que habían participado en la comedia del bar del Soho.

El collar robado en la joyería de Barret estaba sobre la mesa. El jefe lo examinaba.

—¿Has encontrado algo? —inquirió Slake.

El que tenía el collar negó con la cabeza.

—No. Pero la clave debe de estar en algún lugar...

—El collar es macizo. Las piedras son transparentes, auténticas... No parece que pueda existir ningún secreto ahí... Seguro que os habéis equivocado.

El otro se volvió hacia Slake y murmuró burlón:

—Di más bien... que «nos hemos equivocado», porque vosotros, los ingleses también ibais detrás de lo mismo.

—Te equivocas. Eso ya estaba olvidado. Ha pasado mucho tiempo.

—Sí —repuso el otro—. Pero Wagram vive.

—Puede que no.

—Si hubiese muerto nos habríamos enterado. Y vosotros también tenéis la misma curiosidad.

—Cuando te refieras a mí —repuso Slake molesto—. No hables de «nosotros». Yo ya no podré volver jamás a mi país.

El jefe de los falsos agentes siguió con su sonrisa burlona, con su aire de triunfo y luego volvió a entregarse a la tarea de examinar el collar.

—Bien... ¿Y a qué esperamos ahora? —interrumpió Slake.

—Al jefe...

—¿Va a venir aquí? —inquirió Slake.

—¿No tenías ganas de conocerle? —sonrió el otro en el mismo

tono de siempre.

—Siempre es mejor saber para quién trabaja uno. ¿No...?

—Pues no tardará —fue la respuesta del falso agente.

Cuando Ronald llegó al número dos de la calle Warsis de Colentina, se encontró con una edificación del viejo estilo rumano, solitaria por completo, porque de hecho aquella calle no era más que un sendero muerto.

El aspecto total de abandono hizo intuir a Ronald que la casa, bastante grande, estaba deshabitada.

Ronald pidió al taxista que le esperara y se dirigió hacia la puerta de doble hoja que permanecía completamente cerrada.

Llamó sin resultado y dio un rodeo a la casa, cuyas ventanas y otro par de entradas supletorias permanecían igualmente herméticas.

Al regresar al taxi, el chófer murmuró:

—¿Está seguro que es aquí?

—Empiezo a dudar de mi seguridad en muchas cosas —y quedó pensativo.

Una de las ventanas del piso superior de la casa dejaba asomar el cañón de un arma de fuego. Ni el conductor ni Ronald lo advirtieron.

El cañón apuntaba hacia el punto donde se hallaba el joven que conversaba frente a la puerta delantera contraria a la del conductor.

El taxista asomó un momento para observar la casa.

Ronald se separó.

En aquel momento sonó el disparo.

Ronald se revolvió. Observó el cañón y se lanzó al suelo instintivamente rodando sobre sí mismo a tiempo porque de no haberlo hecho así, la segunda bala le habría alcanzado.

Agazapado abrió la portezuela trasera después de haber rodeado el vehículo y al mismo tiempo exclamó:

—¡Arranque deprisa!

Pero nadie le contestó.

El rifle o escopeta había dejado de disparar, pero seguía asomado a la ventana del piso alto de la casa.

—¡Vamos! ¡Arranque! —repitió Ronald.

El chófer no contestó y entonces el rifle disparó por tercera vez alcanzando el cristal de la ventanilla trasera y perforándolo.

Ronald abrió la puerta de delante y vio con sorpresa que el conductor permanecía inmóvil, asomado aún a la ventanilla. Lo que no pudo ver fue su rostro. El hombre tenía los ojos abiertos de par en par, bizqueando. El balazo le había horadado el centro mismo de la frente.

Estaba muerto.

Y el asesino seguía allí.

¡En la casa de los abuelos de su prometida!

A gatas, Ronald subió al vehículo. El departamento de conducción estaba desocupado porque el inmóvil chófer permanecía al otro lado.

Rápidamente puso en marcha el coche, cuando un último disparo taladró el cristal trasero.

Ronald se alejó del lugar para evitar que un nuevo balazo le alcanzara a él.

Lanzó al coche por un campo a falta de una carretera y buscó una salida para huir de allí.

Al cabo de cinco minutos se hallaba ya en una carretera secundaria sin saber qué dirección tomar.

Un camino vecinal entre setos le aconsejó llevar el vehículo hasta allí, lugar en que sacó el cadáver del conductor, arrastrándolo entre la vegetación.

Luego de ocultarlo tomó nuevamente el volante y buscó la salida hacia Bucarest.

Slake, el hombre del pelo rubio y los ojos claros tomó en sus manos el collar robado y lo examinó.

Seguía en el hotel, junto con el jefe de los falsos agentes británicos y otro compinche, que miraba a través de la ventana que daba a la calle principal.

—Suponiendo que ese collar contenga la clave... No acabo de comprender qué interés puede tener al cabo del tiempo.

—Wagram tiene que morir... pero antes debe confesar qué secretos ha divulgado.

—Wagram, según vosotros, no ha salido de su escondrijo. ¿No es así?

La puerta del apartamento del hotel se había abierto sin que nadie lo observara. Se trataba de mía pequeña *suite con vestíbulo, sala y dormitorio*.

En el umbral que separaba el vestíbulo de la sala donde se hallaban reunidos los tres hombres había aparecido alguien. Alguien que contestó a la pregunta del agente traidor:

—La clave es el lugar donde se esconde Wagram.

Todos los ojos se volvieron hacia el recién llegado. Era una recién llegada. Una mujer.

—¿Usted...? —inquirió el hombre del pelo rubio.

—¿Sorprendido? —repuso la voz femenina.

Atardecía cuando Ronald conducía por las calles de Bucarest sin rumbo fijo.

No podía acudir a la policía a denunciar lo ocurrido y necesitaba encontrar a Irina su prometida.

Un transeúnte hizo una seña a su coche. Era alguien que buscaba taxi y aunque el vehículo no llevaba puesto el distintivo de «libre» hizo pensar a Ronald que era peligroso que siguiera al volante de un coche de servicio público y decidió abandonarlo en una esquina poco concurrida.

Vio un bar cercano y se metió allí.

En el mostrador y mientras se hacía entender para que le sirvieran un *whisky* y a su vez intentaba comprender lo que le estaba diciendo el *barman*, *observó a un par de hombres que acababan de bajar de un vehículo con matrícula rumana. Frunció el entrecejo; estaba tratando de recordar y no tardó en conseguirlo.*

—¡Eran dos pasajeros del vuelo Berlín-Bucarest!

Recordaba haberles visto en la sala de espera y bar del aeropuerto. Eran los dos tipos que se escudaban detrás de un periódico.

El barman acababa de servirle el whisky, pero Ronald ya había perdido las ganas de tomarlo. Salió del local y tras una ojeada a la calle eligió echar por la primera esquina.

Anduvo deprisa y antes de doblar por el primer callejón pudo observar cómo los dos sujetos le seguían.

Anduvo más aprisa en el momento que sus seguidores se separaban después de intercambiar algunas palabras que Ronald no pudo oír.

El empleado de la joyería, en una ciudad totalmente extraña para él, siguió andando sin rumbo, a la aventura.

De los dos seguidores, uno había vuelto al coche para salirle al

encuentro por la otra calle.

Ronald se detuvo en la siguiente esquina. Ante él tenía algo parecido a un parque público. Cruzó corriendo la calzada sin apenas vehículos y se metió en los jardines totalmente desiertos por la hora.

Estaba a punto de oscurecer.

Uno de los seguidores de Ronald había cruzado ya y seguía buscándole.

Ronald, metido entre el césped y al amparo de unos setos se mantuvo alerta.

Su seguidor más inmediato estaba ya próximo.

De pronto, detrás de él percibió un ruido. Se revolvió.

¡Detrás tenía al otro!

No medió palabra entre los dos. Al volverse, Ronald pasó al ataque sin dejar opción a su presunto contrincante, al que recibió con un golpe característico en el estómago y esperó que su receptor se inclinara para golpearle con la consumada maestría de un buen luchador de karate.

—¡No! —gritó una voz a su espalda.

Al volverse se encontró con el otro seguidor, que empuñaba un revólver.

—Bueno... Ya está bien de juego. ¿Qué diablos buscan? —inquirió Ronald sin el menor ápice de su tradicional buen humor.

—Tranquilo, amigo. Es usted muy expeditivo...

—Deje de apuntarme y se lo demostraré.

El que había sido golpeado primero por Ronald comenzó a levantarse mientras rezongaba algo entre dientes:

—Pega fuerte... ¿Dónde lo aprendió?

Ronald se hallaba entre los dos. De pronto ambos sonrieron con aspecto amistoso.

El del revólver guardó el arma y murmuró:

—Servicio Secreto. Calvert... Mi compañero es Scranton.

Y el llamado Scranton, sacudiéndose la chaqueta añadió:

—Se supone que le seguimos para protegerle.

—¿Para protegerme? —inquirió Ronald.

—Sí. Eso es... Temíamos que le hubiese ocurrido algo en la carretera. Nuestro cacharro no podía ir tan aprisa como el taxi que tomó. Menos mal que no ocurrió nada.

—Entonces ustedes...

—Sí... Vamos. No podemos quedarnos aquí. Vaya usted solo al hotel Sandor. ¿Dónde tiene el equipaje?

—En el taxi.

—Pues recójalo. ¿Tiene también la cartera? —preguntó Scranton.

—¡Claro! Y está vacía.

—Vacía, ¿eh?

Después del cambiao, Ronald había advertido que la nueva cartera no llevaba absolutamente nada dentro.

—Bueno. ¿Qué más tengo que hacer?

—Vaya a ese hotel. Compórtese como un turista. Cámbiese de ropa y baje al bar. Nos veremos allí. ¿Y su chófer? —Siguió Scranton.

—Recibió un balazo que a buen seguro iba destinado a mí... —repuso Ronald.

El agente que había dicho llamarse Calvert cambió una mirada con su compañero e indagó:

—¿Dónde?

—En la casa número dos de la calle Warsis, en Colentina.

Y ante el silencio de los dos agentes añadió:

—Por cierto... ¿Qué ha sucedido a los habitantes de esa casa? Vivían dos ancianos... Un hombre y una mujer... y desde hace un par de días una muchacha joven. Es mi prometida.

Tras otro silencio, Calvert murmuró:

—Vaya a ese hotel e instálese allí. Ya hablaremos.

CAPÍTULO VIII

Con otro taxi y sin novedad, Ronald se instaló en el hotel Sandor, en el centro de Bucarest. Tomó en su habitación una ducha de agua templada y cuando salía de la misma secándose apareció inesperadamente una hermosa camarera de provocativas formas.

—¡Oh, perdón! —se excusó al aparecer Ronald enrollándose la toalla a la cintura.

—¿Va incluida en la habitación o se trata de una visita particular? —inquirió Ronald.

La muchacha sonrió.

—Soy su camarera, señor... Los teléfonos interiores no funcionan a causa de una avería. Sólo deseaba preguntarle si iba usted a cenar. El restaurante cierra a las nueve.

—No la he oído llamar —repuso Ronald estudiando a la provocativa sirvienta.

—Lo siento... quizá si estaba usted en el baño, pero le aseguro que he llamado.

—Bien, bien... Quisiera que me trajeran algo de beber. Nunca suelo comer sin tener algo de líquido en el estómago y hace mucho rato que no lo he probado...

Que me suban una botella de *whisky* y... agua de selz y hielo...

—Sí, señor. ¿Y en cuanto a la cena?

—¡Oh, sí! Bajo al instante.

—Bien, señor.

La muchacha dio media vuelta con un gesto muy bien estudiado y desapareció tras la puerta.

Cinco minutos más tarde, Ronald llevaba puesto un traje distinto, azul claro, y corbata que hacía juego. Como buen inglés se había vestido para la cena.

Al salir de su habitación —la 227—, se cruzó con la camarera pizpireta, que utilizando un carrito de servicio le llevaba lo que

había pedido.

—¿Lo dejo en su habitación, señor? —preguntó intentando pronunciar correctamente el inglés lo que estaba lejos de conseguir.

—Sí, encanto. Déjelo todo en la mesita.

—Luego le traeré más hielo. Cuando vuelva estará derretido.

—Sobre todo si lo toca usted con sus manos —repuso Ronald y siguió su camino hasta la escalera.

La camarera entró en la habitación del inglés y dejó todo lo que llevaba sobre la mesita.

La botella de *whisky* —de marca escocesa—, llevaba aparentemente el precinto, pero la verdad es que era simulado, porque a la camarera no le resultó ningún problema sacar el tapón llevándose consigo el precinto.

Del bolsillo de su delantalito azul sacó un estuchito de papel que abrió rápidamente.

El estuchito contenía un polvillo blanco que derramó dentro de la botella para taponarla seguidamente.

Un tubo de goma sintética sirvió para pegar el desengolado precinto. En pocos minutos, cuando la goma secara dejaría la botella perfectamente precintada sin huella alguna de que nadie hubiese introducido en ella ninguna sustancia distinta a su contenido.

La camarera, realizada la operación, salió de la estancia, cuando Ronald se hallaba en el bar del hotel esperando acontecimientos.

No fueron, ni Calvert ni Scranton los que acudieron a la cita con el empleado de la joyería inglesa.

A través del espejo que ocupaba gran parte de la pared del mostrador, Ronald observó al hombre de larga melena y poblada barba y bigote que se aproximaba.

Sí. Era el mismo que la mañana del día del atraco había estado observando la joyería desde el interior de un coche, el compañero del hombrecillo que había efectuado el cambio de carteras en el aeropuerto de Berlín Oeste.

El barbudo se sentó en un taburete del mostrador a un par de metros de distancia de Ronald, que le observó un momento sin decir nada.

El barbudo pidió un vodka con hielo y limón, hablando un rumano perfecto.

Después de ser servido sacó un paquete de tabaco rumano también y buscó algo con que encender. El *barman no estaba atento y el de la barba se aproximó a Ronald para pedirle fuego.*

—Está frío el tiempo, ¿eh? —comentó mientras Ronald le ofrecía el fósforo encendido.

—Perdone. No comprendo muy bien su idioma —repuso Ronald.

—¿De dónde es usted? —Siguió el barbudo en perfecto rumano.

Ronald lo entendió y repuso lacónicamente:

—De Inglaterra.

—¡Oh! Encantado... Yo he vivido en Inglaterra algún tiempo. Puedo hablar en su idioma. Me encantan los ingleses, tan flemáticos, tan seguros de sí mismos en todo... ¿Nos sentamos en aquella mesa?

En el bar había otro par de personas ajenas por completo a ellos. Ronald tomó su *whisky* para dirigirse hacia la mesa. El barbudo le siguió con el vodka.

Una pareja se dirigió al bar para solicitar café.

Ronald y el barbudo tomaron asiento. El primero, sin apenas despegar los labios murmuró:

—Puede hablar tranquilamente. El *barman no entiende ni una palabra de inglés. —Y lo dijo en el idioma de Shakespeare.*

La respuesta de Ronald, tras una ligera cautela, fue breve:

—Escuche, Herbert... Ya empiezo a estar harto.

—Cálmese, amigo...

—¿Dónde están los otros?

—¿Se refiere a Calvert y a Scranton?

—Sí.

—Son sus ángeles guardianes. Ya ve que no le desamparamos.

—No, ¿eh? Pues primero en la carretera y luego en Colentina por poco me liquidan...

—Bueno. En esos asuntos suele cometerse algún error. Las cosas nunca salen tan cronometradas como en las películas...

—Mire, Herbert, ni yo soy un agente secreto, ni esto es una película. Hay muchas cosas que deseo saber.

—Cálmese, cálmese. Banks. Hasta ahora ha sabido desenvolverse muy bien...

—No es lo mío —repuso Ronald mirando en derredor como si temiera que alguien pudiera estar al acecho de sus palabras.

—Banks... Le elegimos a usted por dos razones... Primera porque trabajaba en la joyería de Barret y segunda porque es usted un hombre cultivado físicamente.

—El que me guste estar en forma no presupone que yo deba...

El de la barba le atajó rápidamente:

—¿Qué, no deba colaborar con los representantes de su país? ¡Vamos, Banks, eso debería tenerlo como un honor!

—Vayamos por partes. Yo no soy un espía, me tengo por buen ciudadano, cumplo las leyes y pago mis impuestos. Ustedes me han convertido en un delincuente por la causa... Bien, acepté robar el collar de la caja fuerte de la joyería, y me costó bastante conseguir la combinación completa. Lo hice porque...

—Porque Su Majestad británica se lo pidió en bien del país...

—Hummm...

—Y de paso... —sonrió el barbudo Herbert—, se llevaba una buena recompensa. Eso es algo que los profesionales no tenemos. Si supiera lo poco que destina el Gobierno para nuestros servicios...

—Bueno. Siempre les queda la opción de dedicarse a vender cerillas por las esquinas. ¿No?

—Hablemos en serio, Banks.

—Eso es lo que estoy tratando de hacer desde el principio.

—Quedamos en que usted robó el collar para una causa justa —repuso el barbudo—. Su propietario, el señor Barret, no perderá nada. Ni la compañía aseguradora. Las cosas volverán a su sitio... en cuanto se descubra la clave que lleva esa joya...

—Todo eso es absurdo, ya se lo dije cuando me lo propusieron —repuso a su vez Ronald Banks, recordando los orígenes de aquella aventura en la que se vio inmerso cuando el mismo agente del Gobierno británico que ahora tenía delante suyo le propuso todo aquello.

—No tiene nada de absurdo —replicó Herbert.

—Habría sido más fácil ponerse de acuerdo con el señor Barret —contestó Ronald—. En un asunto de esa trascendencia hubiera colaborado con gusto.

—Es indudable, Banks. Pero necesitábamos un golpe espectacular. ¿Comprende?

—Mire, Herbert. Yo no entiendo de asuntos de espionaje, pero le diré mi versión, o sea exactamente lo que pienso de este caso.

—Adelante. Le escucho.

—Bien... Hace años un sabio desaparece de cierto país de detrás del telón de acero. Un sabio llamado Wagram, cuyos servicios interesan a varias potencias aliadas, entre ellas Francia, Estados Unidos e Inglaterra.

—Exacto.

—Bien. Wagram está amenazado de muerte por los agentes de su país de origen, cuyo Gobierno teme que pueda divulgar secretos importantes.

—Exacto...

—Sigo —adujo Ronald—. Wagram tiene a un amigo en París, un conde.

—Terillac.

—Y Terillac —continuó Ronald—, cuida de esconderle en algún lugar de... del mundo.

—Un lugar ignorado por todos y conocido únicamente por él. Por Terillac.

—Terillac es vigilado de cerca porque se supone que debe entrevistarse con cierta persona para revelar el secreto del escondrijo del profesor, pero el conde sabe esto y no recibe a nadie ni sale de su casa, pero se hace confeccionar un collar donde se supone que está escrito el paradero del sabio Wagram.

—Un paradero que sigue desconocido hasta la fecha. La prueba de que nadie ha dado con él es que «los otros» también lo buscan.

—Exacto —murmuró Ronald y prosiguió—: Sin embargo, de improviso, el orfebre que confecciona el collar es asesinado y la joya robada y recuperada posteriormente.

—Lo que prueba —adujo Herbert—, de que alguien conocía el secreto del conde y quiso apropiarse de la alhaja, no por el valor de la misma sino para descubrir el secreto.

—Pero el intento es fallido y la joya pasa por varias manos hasta llegar a poder del señor Barret.

—Sí.

—Y ustedes, los del Servicio Secreto, de pronto la dejan dormir, sin preocuparse en absoluto por la alhaja, como si ya no existiera, hasta que de repente vuelven a acordarse de ella.

—El collar, mi querido Banks, mientras siguiera en casa del joyero Barret estaba seguro, pero recibimos cierta confidencia.

Alguien quería robarlo, desenterrando así el asunto y por eso decidimos anticiparnos, utilizándole a usted.

Tras un silencio, Herbert añadió:

—Si nuestros enemigos siguen interesados por conocer el paradero de Wagram es por algo y es lo que queremos averiguar, además de garantizar la vida de ese sabio... No olvide que constituimos el llamado mundo libre y debemos proteger a los que escogen la libertad.

Otra pausa para que el barbudo concluyera:

—Si el conde Terillac hubiera podido hacer llegar la joya a la persona que iba destinada, seguramente el problema ya no existiría, pero desgraciadamente Terillac murió. El secreto del paradero de Wagram está en esa joya...

—Cuya clave ustedes jamás pudieron descifrar —sonrió Ronald tras haber hablado seriamente hasta ese momento.

—Ni nosotros ni nadie...

—Escuche, Herbert... ¿Por qué me la hicieron robar para entregársela a Slake?

El barbudo sonrió y Ronald insistió:

—Ustedes sabían que Slake era un agente doble... que estaba dispuesto a traicionarles.

La respuesta del barbudo vino acompañada de una sonrisa.

—Es más elemental de lo que usted supone. Puesto que nosotros no hemos sido capaces de hallar la clave del collar... hemos facilitado la tarea a nuestros enemigos para ver si ellos tienen más suerte que nosotros. En este caso, nuestra misión es vigilarlos a ellos. Si consiguen dar con la clave y hallan a Wagram, apareceremos nosotros. Es decir, que habrán sido ellos quienes realicen todo el trabajo, pero la victoria será nuestra.

Tras un silencio, esta vez más largo, Ronald cambió de conversación.

—Y ahora... ¿qué papel juego yo en todo esto?

—Bueno... Confíe en los muchachos y no se deje ver demasiado...

—Ignora la razón de mi viaje.

—No, Banks... Por cierto, tengo que hablarle de su prometida, la señorita Irina.

—De ella quería hablarle yo precisamente... ¿Tiene idea de

dónde puede estar?

CAPÍTULO IX

Ronald Banks cenó cuando el comedor estaba prácticamente vacío. Pidió una comida frugal que fingió tomar con regular apetito, tratando de dominar su impaciencia.

Cuando salió del comedor fue en busca de una prenda de abrigo. Desde la ventana miró hacia la calle. Estaba completamente desierta, pero Herbert, el de la barba, el agente del Servicio Secreto de Su Majestad británica, le estaba aguardando en una esquina, con un coche utilitario matriculado en Rumania.

Mientras tomaba su gabardina, llamó la camarera de su piso con otro cubo de hielo, y con una sonrisa murmuró:

—¿Va a tomar un *whisky*, señor? Le traigo hielo. El otro se había derretido ya.

—Tomar un *whisky*. Sí, es una buena idea...

La camarera dejó el cubo sobre la mesa y preguntó:

—¿Desea algo más?

—En estos momentos no, encanto, pero no es por falta de ganas. Tengo que hacer.

Ella sonrió coquetamente. Sabía cómo tratar a los clientes jóvenes.

Al quedarse a solas Ronald estuvo mirando la botella. La tomó en sus manos y examinó la marca. Era bastante conocida en Inglaterra. *Whisky* puro de importación. Nada de imitaciones.

La descorchó.

El precinto estaba perfectamente pegado, nada hacía suponer que el líquido había sido manipulado.

Tomó un vaso que la camarera le había traído junto con la botella de seltz y el primer cubo de hielo y se sirvió una pequeña ración, que aumentó al comprobar que por su estado de ánimo le convenía un poco más.

Antes de llevarse el vaso a la boca consultó la hora. Eran las

nueve y cuarenta minutos.

Pensó por un instante en los misterios que quedaban por desvelar en aquella aventura en la que se había visto involucrado... Pensó también en el cambio de domicilio de Irina.

Recordó la respuesta de Herbert.

«—Cuestión de seguridad. “Ellos” saben que Irina es su prometida y por tanto nuestro deber era protegerla. Pero tanto ella como sus abuelos se encuentran perfectamente en el nuevo domicilio que les hemos asignado temporalmente».

Herbert dijo que él personalmente le acompañaría a las nuevas señas de la familia de Irina. Allí estaba ella, aguardándole.

Se llevó definitivamente el vaso a los labios dispuesto a tomarse la generosa ración de *whisky* que acababa de servirse.

Una llamada a la puerta le interrumpió.

—Adelante —dijo Ronald dejando el vaso.

El que entró fue Scranton.

—Hola —saludó—. Escuche, es mejor que no salga esta noche —anunció apenas cerrada la puerta tras de sí.

—¿Qué ocurre?

—No sé... Creo que han descubierto que está aquí. Nos están vigilando.

—Herbert me espera.

—Ya no. Ha sido él quien ha dicho que es mejor esperar.

—Oiga, Scranton. Ya me estoy hartando, ¿sabe? Les he hecho un favor. Ahora deseo saber dónde está mi novia.

—Bueno. No se meta conmigo, yo no tengo ninguna culpa.

—Dígame dónde está Irina, pienso ir a verla.

—Yo que usted no lo haría.

—Scranton... No me importa que sea usted un agente de mi país... Si no me dice dónde está Irina... —Avanzó amenazador esgrimiendo el puño derecho.

—Tranquilo, Banks... Tranquilo.

—Scranton —insistió el joven con fingida calma—. Ya le golpeé una vez...

—Sea razonable, Banks... Yo no sé dónde está su novia... pero aunque lo supiera... reflexione. No querría usted meterla en un lío, ¿verdad?

—¿En un lío?

—Ellos le seguirían, Banks... Puede que dejaran de atacarle a usted. Sería ella quien pagara los platos rotos. Son capaces de todo.

Ronald reflexionó durante unos instantes y de pronto preguntó:

—¿Por qué diablos desean eliminarme?

—Porque sabe demasiado. Robó el collar. Lo entregó a Slake, etcétera, etcétera...

—Pero esto también lo saben ustedes...

—Nosotros somos profesionales. No existe ningún acuerdo, pero solemos respetarnos hasta donde es posible, pero no crea, a veces esas normas no escritas también se saltan... El peligro lo corremos todos.

—No les perdonaría que hiciesen algo contra Irina —rezongó Ronald como si hablara consigo mismo.

—Su prometida está a salvo. Créame. No le ocurrirá nada mientras usted no intente ponerse en contacto con ella.

—¿Y cuánto va a durar todo esto? —Ronald empezaba a comprender las razones de los agentes.

Scranton repuso vagamente:

—Bueno... No mucho. Esperamos que el asunto se resuelva de un momento a otro... Ellos están tratando de descifrar la clave del collar...

—Pero... ¿Qué clave? Yo he tenido infinidad de veces esa joya en mis manos y no hay ninguna clave...

—Escuche, Banks... si no sabe en qué entretenerse veamos juntos ese collar.

—¿Qué diablos está diciendo? ¿Qué collar?

Por toda respuesta Scranton buscó con la mirada la cartera de mano que le había sido cambiada en el aeropuerto de Berlín. La tomó y la abrió.

La cartera, tal como había dicho Ronald, estaba vacía. Lo estaba, sí.

—Aquí no hay nada —refunfuñó.

Scranton palpó el interior de la cartera hasta dar con un invisible resorte que puso en funcionamiento un muelle.

Un delgado panel se alzó dejando al descubierto en la parte lateral un segundo fondo.

La joya estaba allí, pero suelta. Es decir, pieza por pieza. Cada una de ellas tenía un pequeño gancho apenas visible para acoplar

los engarces. Una foto del original se hallaba también escondida en el doble panel.

—Es falsa, por supuesto. Hay que montarla como si se tratara de un rompecabezas.

—Oiga... En la otra cartera...

—Sí, sí... El Servicio hizo construir un par de copias por si le ocurría algo a alguna, ¿comprende?

—Entonces...

—Usted corría el riesgo de que los otros le liquidaran, después de todo era el cebo...

—¡A buena hora me lo dicen! —repuso Ronald.

—Bien... ¿Es usted capaz de montar el collar?

—Claro, pero... ¿Qué vamos a hacer después de pasar el rato con semejante imbecilidad?

—Buscar la clave. ¡Quién sabe! Lo que no se ha logrado en todos esos años quizá lo consigamos ahora.

—Es una estupidez.

—La copia es exacta, Banks. Vamos... Cuando se canse se echa a dormir ¿eh?

Ronald lanzó un bufido y después exclamó:

—Mire, Scranton... Póngase en contacto con Herbert. Dígame que quiero salir de aquí y llevarme a Irina. Consíganme algún medio... un helicóptero, algo que ofrezca seguridades. Este trabajo es para ustedes...

Scranton se había sentado y comenzaba a engarzar las piezas.

—¿No puede esperar ni siquiera un día?

Y tras un silencio Scranton insistió:

—Un día. Sólo un día. Es todo lo que se le pide.

—Está bien —aceptó Banks a la fuerza—. Hasta mañana... A las siete... Si me siguen ocultando el paradero de Irina obraré por mi cuenta.

Scranton asintió.

Y mientras...

En algún lugar de las afueras, en el interior de una vieja casa de las de modelo tradicional, los falsos agentes ingleses, los que habían fingido matar a Slake, seguían intentando buscar la clave que encerraba la joya.

—Viene el experto —anunció alguien.

Y el que dirigía a los hombres repuso:

—Avisa al jefe.

El experto era un antiguo orfebre que avanzó hacia el centro de la estancia débilmente iluminada.

A los seis hombres que se hallaban en ella —incluidos los dos falsos sanitarios—, se unió una mujer.

Una mujer cuyas preciosas piernas —o al menos lo que mostraba de ellas—, hubiesen hecho volver la mirada al más escéptico de los hombres.

El «experto» se posesionó de la joya, examinándola con devoción.

—Un trabajo excepcional. Es realmente algo extraordinario.

La voz de la mujer atajó:

—No está aquí para admirar la joya, señor Lupescu, sino para algo mucho más importante. Puede empezar a trabajar.

Slake, el hombre de los ojos claros y el pelo rubio, surgió de algún rincón y se aproximó a la mesa.

Todos los ojos estaban pendientes del «experto».

En la habitación 227 del Sandor Hotel, Ronald Banks había concluido la tarea de montar el collar. A simple vista podía verse que se trataba de una burda imitación de escaso valor. Lo dejó sobre la mesa y murmuró:

—¡Bah! Eso de la clave es una patraña. Aquí no existe absolutamente nada anormal.

—Algo tiene que haber —repuso Scranton.

—¿No tienen expertos en estos asuntos? —preguntó Ronald.

—Sí. Pero no han sabido encontrar nada.

—Entonces...

Tenía todavía el *whisky* en el vaso. El hielo se había derretido y lo tiró dentro de la cubitera para servirse otro trago al que añadió hielo.

—¿Quiere?

—No, no... Yo no bebo *whisky*.

Ronald se llevó el vaso a los labios. Scranton le interrumpió bruscamente, como si fuera a decir algo, pero luego se encogió de hombros.

Ronald por fin bebió un pequeña sorbo del licor, luego lo mezcló para que cogiera la frialdad del hielo y bebió el resto de un trago.

Dejó el vaso y volvió a observar el collar. Todo estaba en su sitio, las piedras, la cadenilla de seguridad con sus puntitos de platino, el cierre, todo...

De pronto los ojos de Ronald se dilataron. Miraba la joya hacia un lugar concreto.

Iba a decir algo, pero repentinamente sintió una punzada en el estómago.

—Esto... —empezó.

Se puso en pie.

Sintió un tremendo dolor en la cabeza. Trató de andar, pero algo le retenía inmóvil como si sus miembros se negaran a obedecerle.

Scranton le miraba insistentemente.

—El *whisky*... —Tuvo tiempo de decir antes de caer como si un rayo acabase de fulminarlo.

Cayó como un saco sobre la alfombra de la habitación.

Scranton se inclinó hacia Ronald y comprobó que estaba inconsciente.

Lo cogió en brazos y lo trasladó a la cama. Luego asomó al corredor y esperó unos instantes.

La pizpireta camarera no tardó en aparecer. Al ver a Scranton se apresuró a dirigirse hacia la puerta 227, que era por la que asomaba el agente.

—Vamos. Está dormido —dijo simplemente Scranton.

—¿No será peligroso? —inquirió ella tras cerrar la puerta de la habitación.

—No. Dormirá doce horas o quizá más. Es mejor así. De todos modos llamaré para enterarme. Date alguna vuelta por la habitación.

—¿Por qué? —quiso saber la camarera—. ¿Por qué quieres que duerma?

—Por varias razones. Primera porque así no tendremos que preocuparnos de él en todo este tiempo, segunda porque está bastante nervioso y podría cometer alguna imprudencia y por último... por su propia seguridad... Mientras esté aquí y dormido no le ocurrirá nada. De todos modos si vieses a alguien merodeando por esta habitación, avísame...

La camarera asintió y mirando las bebidas interrogó:

—¿Qué hago con esto?

—Llévatelo y trae otra botella. ¡Ah, toma! Por los gastos —y le entregó unos billetes de Banco.

Ronald seguía profundamente dormido.

Lupescu, el experto en joyas seguía buscando la problemática clave del collar rodeado del pequeño grupo del que formaba parte Slake.

Llevaba ya algunas horas trabajando sin el menor resultado.

El jefe había abandonado la sala para retirarse a descansar. Su orden fue tajante.

Quería la clave a toda costa.

En cuanto a Ronald, que continuaba en el mejor de los sueños, seguramente le habría gustado abrir los ojos y ver lo que sucedía en su habitación.

La camarera se había posesionado de ella y para mejor vigilar a su inquilino decidió tomar un baño.

La escena posiblemente habría provocado un ataque de celos en Irina, sin que Ronald tuviera la menor culpa de lo que sucedía en derredor.

La movediza sirvienta se desnudó y se metió en el baño. No regateó el tiempo en perfumarse y acicalarse como si tuviera que asistir a una fiesta. Luego se paseó cubierta con una modesta toalla comprobando que el sueño de Ronald persistía.

Libre de servicio decidió pasar la noche en la habitación. En un momento determinado ya estaba medio dormida, sonó el teléfono y se apresuró a tomarlo, para informar quedamente que «no había ninguna novedad».

—Si ocurre algo haré lo posible para avisar.

—Entretenlo —dijo la voz.

—Bueno... Será un placer —musitó ella y colgó.

Pero no hubo ocasión de que la muchacha tuviera que entretener al durmiente. Ronald continuó toda la noche en la misma actitud.

La muchacha se sentó a su lado y le acarició el cabello.

Ronald jamás sabría lo que se había perdido aquella noche...

CAPÍTULO X

Eran las diez de la mañana, Ronald llevaba exactamente once horas durmiendo.

De vez en cuando la coqueta camarera asomaba por el corredor fijando su atención en la habitación 227.

En la casa de las afueras de Bucarest, cerca de Colentina precisamente, Lupescu, el experto en joyería, daba visibles muestras de cansancio. Había pasado toda la noche tratando de buscar el secreto que encerraba la joya.

Slake era de los reunidos quien más despierto se mostraba. Los otros habían dado cabezadas sobre la mesa o tendidos en el sofá.

Lupescu se disponía a abandonar su tarea.

—Lo siento... Existen algunas irregularidades, pero... lo que se dice una clave... Yo no veo nada. —Soltó la lupa que había llevado casi constantemente adosada al ojo derecho y añadió—: No hay señales, ni marcas por pequeñas que sean, ni en el metal ni en las piedras.

—¿Y esas anomalías? —inquirió el agente doble.

—Bueno. El collar sin duda se terminó precipitadamente. Seguramente le faltaba un repaso final.

—Es posible. El orfebre no pudo terminar su labor —repuso Slake.

—Sí. Es evidente. Pero eso le da más personalidad. Así resulta inconfundible. Dudo que cualquier imitación tuviera en cuenta el detalle.

—¿Qué detalle?

—Bueno, no se trata de nada importante —replicó el experto—. Fíjese en eso...

El taconeo de unos zapatos femeninos anunció la presencia del jefe.

Lupescu se volvió y, tras una sonrisa, añadió:

—Estaba diciendo que hay una pequeña anomalía, pero esto no creo que pueda tener nada que ver con lo que ustedes buscan.

Las miradas de Slake y del jefe se volvieron hacia el lugar donde señalaba Lupescu.

Un par de compinches se aproximaron soñolientos al centro de la estancia donde estaba la mesita.

El índice de la mano derecha del experto señaló el punto donde había encontrado la casi imperceptible anomalía.

—¿Ven? —murmuró—. Se trata de...

La camarera del segundo piso del hotel Sandor abrió cautelosamente la habitación 227.

Cumplía a rajatabla la misión que le había sido encomendada por Scranton. Vigilar a Ronald Banks.

La habitación estaba a oscuras porque los cortinajes cubrían totalmente la ventana impidiendo el paso de la luz exterior.

La camarera se aproximó a la cama para comprobar por sí misma que el cliente seguía durmiendo.

Al llegar junto al lecho, acostumbrados sus ojos a la oscuridad, ahogó un sobresalto:

¡La cama estaba vacía!

Antes de que pudiera volverse, una fuerte mano la atenazó por detrás rodeándola y tapándole la boca para impedirle gritar.

—¡Ahora vas a decirme que diablos pusiste en el *whisky* y por orden de quien!

Era la voz de Ronald.

Ella intentó inútilmente liberarse de aquella mordaza. Él no la soltó.

—Te dejaré libre si me prometes no gritar, pero si lo haces vas a acordarte de este día...

La camarera hizo un movimiento con la cabeza, dando a entender que estaba dispuesta a obedecer a Ronald que consintió en soltarla.

—Escuche... Yo no tengo nada que ver... Su amigo el señor Scranton dijo que era por su seguridad.

—Debí suponerlo. Me meten en esto y luego... —Ronald guardó silencio y se dirigió hacia la ventana con intención de descorrer los cortinajes, pero pensándolo mejor optó por la luz.

Cuando la habitación estuvo perfectamente iluminada, Ronald

pudo ver a la muchacha que seguía junto a la cama con la expresión de quien acaba de pasar auténtico miedo.

—Lo siento... Era sólo una droga somnífera... Me aseguraron que no le haría ningún daño.

—Tráeme café. Si de veras quieres hacer algo por mí, tráeme café. Ahora necesito una buena ducha y despejarme. Parece que me hayan dado una paliza. La cabeza me pesa una tonelada.

—Sí, sí, señor. Enseguida se lo traigo.

—No importa que sea frío. Tráeme un litro de café...

Y sin esperar respuesta, Ronald comenzó a desnudarse para meterse en la ducha.

Cuando ella regresó a la habitación, Ronald ya se había puesto el pantalón y se abrochaba una camisa limpia.

—El café —anunció ella.

—Bébetelo una taza mientras termino de vestirme.

—¿Yo?

—Sí... Esta vez no me fío. ¿Comprendes, guapa?

Ella sonrió. Comprendió que era lógica la desconfianza de Ronald y tomó una taza. Tras haberla ingerido dijo con una sonrisa:

—Está muy cargado. Creo que le gustará.

Ronald lo tomó de la misma cafetera. Solo, sin azúcar. Tragó un buen sorbo y repitió. Cuando hubo terminado se volvió hacia la muchacha y preguntó:

—¿Tienes medios de comunicarte con Scranton?

Ella asintió.

—Bien, llámale por teléfono y dile que estoy en... —vaciló un poco y miró el falso collar que estaba sobre la mesa.

Ella aprovechó para decir:

—Debe usted tener cuidado. Scranton me dijo que corría usted peligro.

—Sé cuidarme. Y él lo sabe. —Volvió de nuevo al collar. Lo tomó en sus manos y murmuró—: Eso... Eso es lo que observé anoche. Si no hubiese sido por ese maldito brebaje...

—¿A qué se refiere?

—Tú no podrías entenderlo.

Ella se aproximó a la mesa y examinó la joya. Al lado estaba la fotografía.

—El original debe ser precioso —dijo—. ¿Es éste? —Y señaló la

fotografía.

—Sí. La foto es del original... Parecen iguales, ¿verdad?

—Sí...

—Pues hay una diferencia... una pequeña diferencia... El que hizo esa copia quiso enmendar el error del original. Un error apenas perceptible pero que lo diferencia.

—¿Un error?

Ronald señaló el cierre.

—Ahí está.

Ella se encogió de hombros. No comprendía nada. Ronald tomó el collar y lo guardó en el bolsillo al tiempo que preguntaba:

—¿Hay algún lugar llamado Bano?

—¿Cómo?

Ronald deletreó:

—

B-A-N-O.

Bano. Así de fácil.

—No sé.

—Tiene que haber algún lugar. Acércame el listín telefónico.

—¡Espere! —exclamó ella—. Creo que existía un merendero, o algo parecido, está a unos... no sé... quizá treinta o cuarenta kilómetros del centro. Antes había existido una vieja ermita, pero creo que ya ha desaparecido.

—Gracias, guapa. Es lo que deseaba saber.

—¡Oiga! ¿Qué le digo a Scranton? —inquirió ella cuando el inglés iba ya a cruzar la puerta de la habitación en dirección al corredor.

—Dígale que estoy en Bano. Allí está lo que él busca.

Y salió corriendo hacia la escalera.

La muchacha se precipitó al teléfono.

Ronald salió a la calle a toda prisa en busca de un taxi. Tardó medio minuto en encontrarlo, pero se le antojó media eternidad.

—¡A Bano! —ordenó al chófer.

—¿Bano? —el conductor dudó.

—Una vieja ermita o merendero, o algo parecido. Está en las afueras.

—¡Ah, sí...! Eso debe caer por Duesti.

—Dese prisa.

Personalmente nada le importaba la localización del sabio Wagram, pero deseaba terminar lo antes posible con aquel estado de cosas. Sabía que sería el único medio de poderse reunir definitivamente con Irina y eso le impulsaba a precipitar los acontecimientos.

Mientras el auto seguía su rumbo, sacó la fotografía del collar imitado del bolsillo y volvió su mirada al cierre de seguridad. Era la cadenita de platino adornada con puntitos del mismo metal.

En realidad los puntitos no eran uniformes, ni guardaban unas distancias asimétricas, lo cual podía interpretarse como un error del orfebre, una falta de cálculo, pero bien mirados los puntitos-adorno no eran tales...

La ayuda de una lupa, le permitía reseguir el cierre de la fotografía original, precisamente donde radicaba esa hipotética anomalía o fallo del orfebre.

Pero en la imitación, ésa anomalía no existía en absoluto. Los puntos estaban colocados de forma asimétrica y todos tenían el mismo tamaño.

¡Aquello fue lo que le había llamado la atención la noche anterior antes de caer víctima del sueño provocado por la droga somnífera que le habían mezclado con el *whisky*!

Sí... Ronald había tenido aquel collar demasiadas veces a la vista para no conocerlo perfectamente, por eso le llamó la atención un detalle que a simple vista parecía nimio, tan nimio que hasta había pasado por alto a los expertos.

Aquella mañana, cuando despertó tras el sopor de cerca de once horas de forzado sueño, Ronald tenía la obsesión puesta en el collar y lo examinó de nuevo, y ello le hizo llegar a la conclusión a que había llegado.

Con la ayuda de la lupa descubrió los distintos tamaños de los puntitos.

No. Todo no eran puntos. Algunos aparecían alargados ligeramente, otros eran perfectamente redondos.

En definitiva: el sitio que cada uno de aquellos puntitos ocupaba no había sido dispuesto por efecto de ningún error, sino muy al contrario. Eran ¡Rayas y puntos!

Rayas y puntos del alfabeto Morse y guardaban la debida separación para que pudiera leerse cada letra y las letras eran

aquéllas:

B-A-N-O.

—¡Bano!

En aquel lugar se había ocultado Wagram, y Terillac era el único que estaba enterado. Tenía que comunicárselo a alguna persona para que fuera a rescatarle y lo llevara a París o al sitio donde el sabio quisiera trabajar, pero Terillac había muerto y su secreto se había ido a la tumba con él, pero ahora ya no era ningún secreto. Al menos para Ronald Banks, un simple aficionado...

O acaso no era sólo él quien había dado con la clave.

En la casa de las afueras, Lupescu también había puesto de manifiesto aquellas anomalías que en principio nadie sabía a qué atribuir las.

Fue Slake precisamente quien dio con la clave. Lo vio claro en un instante, pero lo guardó para sí.

—Bueno —se excusó—. Mientras trabajan en eso iré a estirar las piernas. Necesito despejarme un poco.

Nadie objetó nada.

Pero apenas se hubo marchado, la voz de la mujer que daba las órdenes, la voz del jefe dijo al que dirigía al resto de los hombres:

—¡Vigíladle! Creo que ha descubierto algo.

—Me encargaré personalmente de averiguarlo —repuso el que mandaba a los hombres, y con una seña indicó a otro para que le acompañara. Al salir dijo:

—Esta vez las balas serán de verdad.

Y entretanto el taxi que conducía a Ronald discurría ya por las afueras de Bucarest.

CAPÍTULO XI

Slake se había dado prisa en dirigirse a un pequeño hotel de la calle Bolkan.

Apenas llegó a la habitación se dirigió hacia el lavabo. De debajo de la pica extrajo una bolsa de plástico en la que guardaba algo muy especial. Tan especial como podía ser una barba y bigote postizos y una peluca de largas melenas que no tardó en acoplar a su cabeza.

Con la barba bien puesta y el bigote había cobrado el aspecto con el que era conocido por Ronald.

Terminado el arreglo se dirigió hacia el corredor donde estaba el teléfono y marcó un número. Al otro lado del hilo contestó la voz de Scranton.

—Ya tengo la clave. El lugar es Bano —soltó Slake.

Se sorprendió bastante cuando su compañero le respondió:

—Eso ya lo sé. Ronald Banks acaba de descubrirlo. La muchacha del hotel me ha telefoneado. El muy estúpido se dirige hacia ese lugar. Se ve que quiere darnos una lección.

—Eso puede ser peligroso —rezongó el barbudo.

—He mandado a Calvert hacia allí. Yo me quedé esperando tu llamada.

—Bien, pues arréglatelas para reunirme conmigo. Creo que sé dónde está ese lugar... Sigue el curso del río y si llegas antes que yo al primer cruce de la carretera, aguarda allí. Yo alquilaré un taxi.

Y Slake colgó.

Entonces sonó una voz a su espalda. Correspondía al que mandaba a los falsos agentes que representaban la comedia en el Soho londinense. Llevaba un revólver en la mano al cual tenía acoplado un silenciador. Tras él estaba otro compinche armado también y con el correspondiente tubo para silenciar el estampido de los disparos.

—Nunca nos fiamos de ti, Herbert... Fingiste pasarte a nuestro bando, pero en realidad seguías trabajando para los tuyos...

Herbert Slake sabía que estaba cogido y retrocedió lentamente, buscando un lugar para escapar.

Los silenciadores que llevaban las armas de sus enemigos demostraban que en aquella ocasión no iban a representar ninguna comedia, sino que dispararían a matar.

El otro continuó:

—Tuvimos muchas facilidades en Londres... El plan era perfecto, pero además tú nos lo facilitaste. Tu departamento quiso pasarse de listo. Ahora ya sabemos lo que nos interesa. Has dicho BANO, ¿verdad?

—Bueno. Alguna vez tenía que perder... Todos estamos expuestos, pero... matándome no resolvéis nada. Yo ya no puedo haceros ningún daño.

—Eres un traidor. Confiamos en ti y has querido jugárnosla... Lo siento. Tú lo has dicho. Hoy te toca a ti perder.

Era el momento decisivo. Slake lo sabía y saltó hacia su habitación. Trató de ganarla empujando la puerta.

El revólver que portaba su principal enemigo vomitó fuego dos veces consecutivas, pero ningún estampido resonó por el corredor.

Slake cayó ensangrentado contra la puerta, para terminar tendido en el suelo.

Alguien estaba descendiendo la escalera y el que había terminado con el agente inglés murmuró:

—Deprisa. Hay que decírselo al jefe...

Los agentes enemigos abandonaron el lugar, dejando a Herbert Slake desangrándose.

—¡Aquello es Bano! —indicó el conductor del taxi a Ronald.

Estaban ya a escasos kilómetros.

Bano era como un antiguo balneario cubierto de vegetación por el que se llegaba a, través de una carretera secundaria hacia la cual enfiló el taxi.

Ronald advirtió un cierto aspecto de abandono.

—Algunos lo habitan durante el verano, pero esto ha perdido bastante —explicó el taxista.

Entretanto, el lugarteniente de la banda de agentes contrarios a los intereses británicos había informado ya a su jefe.

Todos se pusieron en marcha. Tres automóviles partieron hacia el mismo lugar: Bano.

Y a Bano acababa de llegar en aquellos instantes Ronald Banks.

El taxista detuvo el vehículo frente a la hostería.

—Éste es el único albergue. ¿Ve? Está cerrado, pero puede llamar. Creo que viven dentro.

Ronald salió del taxi y se dirigió hacia la puerta de la hostería.

Bajo un toldo se amontonaban mesas y sillas de madera carcomida por la lluvia y la intemperie.

La hierba crecía a su libre albedrío afeando el conjunto y acentuando el aspecto de abandono.

Un hombre con bastantes años auestas abrió la puerta lateral de la edificación y examinó a Ronald, que advirtiéndolo su presencia, se volvió para encararse con él.

—¿Es usted el propietario?

—Sí, soy yo... ¿Qué desea? —inquirió el otro con evidentes muestras de desconfianza.

—Busco a alguien que está alojado aquí —explicó Ronald.

—No tenemos ningún huésped. Hace dos años que hemos cerrado al público. Cada vez venía menos gente.

—El huésped que busco debe ser muy especial. Se llama Wagram... Sólo quiero hablar con él. Dígale que soy amigo del conde de Terillac.

—No me ha comprendido, señor... Vivo solo aquí. Mi esposa murió el año pasado. No hay nadie más en la casa.

Ronald frunció el entrecejo.

¿Mentía tal vez aquel hombre por razones de seguridad para con Wagram o acaso se había equivocado de lugar?

Mentalmente pensó en los puntos y las rayas del alfabeto Morse. Todo estaba muy claro. La clave en Morse era aquélla: Bano.

—¿Existe otro lugar con este nombre? —preguntó Ronald.

—No creo. En Rumania no creo —murmuró el propietario de la hostería tras pensarlo unos instantes.

—¿Y usted no conoce a ningún Wagram? —preguntó de nuevo el inglés.

—Tuvimos hace años a una persona... Bueno, ahora ya puedo decírselo... Me la confiaron. Eran malos tiempos.

—¿Wagram?

El interlocutor de Ronald asintió.

—Una persona importante.

—Sí. Mucho —admitió el de la hostería—. Pero ya le digo que hace muchos años... Unos señores franceses vinieron en su busca. Ahora no sé dónde está... Al principio me escribía de vez en cuando... desde Francia.

—¡Desde Francia! —exclamó Ronald arrugando nuevamente el ceño.

—Bueno, yo sé muy poco de todo esto, ¿sabe? Pero me alegro de que no le ocurriera nada... ¿Por qué le busca usted?

Ronald se encogió de hombros. Hubiera tenido que responderle: «Para poder salir de Rumania, para casarme con mi prometida, para olvidar de una vez este asunto».

Prefirió no contestar, dio media vuelta y entonces observó los tres automóviles que se dirigían hacia allí. Dudó unos instantes y enseguida previno:

—Escóndase. Esto no me gusta.

—¿Qué... qué significa todo esto? —tartamudeó el de la hostería.

El taxista asomó.

—Ésos vienen con las peores intenciones. Ojalá me equivoque —repuso Ronald.

—Yo no tengo nada que ver —repuso el chófer—. Págueme el viaje y me voy.

—No sea terco... Un compañero suyo ha muerto ya a manos de esa gente.

—¿Un compañero...? —inquirió el chófer e instintivamente miró el periódico que tenía en el asiento contiguo al suyo. Precisamente estaba abierto por la página en la que relataba el encuentro de un chófer de taxi muerto de un balazo en la cabeza cerca de Colentina. La noticia venía ampliada con la aparición de su vehículo en una calle céntrica de la capital.

El periódico añadía:

«Se sabe que el conductor del taxi salió del aeropuerto llevando, al parecer, un turista procedente del vuelo de Berlín...».

—¡Vamos! Dese prisa —insistió por última vez Ronald, y en esa ocasión el chófer ya no se lo hizo repetir. Los coches estaban demasiado cerca y a él le había entrado el natural pánico a las

consecuencias.

El dueño de la hostería les permitió entrar y Ronald cuidó de atrancar la puerta.

—Oiga... Necesito telefonar. ¿Tiene un listín? —Y Ronald pensaba llamar al hotel para que la camarera pudiera avisar a los únicos que podían sacarle de aquel trance.

—A la policía —murmuró el dueño de la hostería—. Es el número...

—No. A la policía no. Éste no es asunto de la policía. Al menos por el momento.

Los tres automóviles habían detenido su marcha frente a la vieja hostería.

Bajaron los hombres. Una voz desde el interior parecía darles instrucciones.

Rodearon la casa, ocupando lugares estratégicos. Todos iban perfectamente armados con metralletas o revólveres.

Había hasta ocho hombres, de los cuales Ronald reconoció a dos. Los que habían intentado eliminarle en la carretera apenas llegado a Bucarest.

Trató de averiguar quién estaba en el interior del coche, pero en principio no pudo conseguirlo.

Alguien —el que mandaba a los hombres—, se plantó ante la puerta principal y utilizando la culata del revólver que le había servido para disparar contra Herbert, conocido también como Simon Slake, golpeó la puerta al tiempo que ordenaba:

—¡Abran! Abran de prisa o derribaremos la puerta... ¡Abran!

El propietario de la hostería estaba pálido. Ronald había vuelto al listín telefónico para buscar el número del hotel.

En aquel momento alguien efectuó unos disparos al cable telefónico que entraba a la casa. El cable aéreo quedó cortado.

—¡Nos han incomunicado! —exclamó el taxista lleno de pavor.

El que había gritado antes advirtió:

—Voy a descerrajar la puerta. —Y tras unos segundos de espera disparó contra el grueso cerrojo. Le costó vaciar el cargador, pero la puerta seguía cerrada gracias al doble cerrojo y la vieja madera que, atravesada desde dentro, servía para atrancarla.

—¡Aquí! —gritó haciendo una seña a alguien.

Un par de compinches del que llevaba la voz cantante se unieron

a él y acribillaron la puerta.

—¡Apártense! —advirtió Ronald desde dentro.

Las balas atravesaron la recia madera para incrustarse en las paredes del amplio vestíbulo de la hostería. Algunos cristales se hicieron añicos.

Ronald preguntó:

—¿Tiene algún arma?

—Una escopeta de caza... —repuso el dueño.

—Démela. Dese prisa. Mientras ganamos tiempo servirá... Estoy seguro de que Scranton vendrá a echarnos una mano, igual que los demás...

El de la hostería se dirigió hacia una habitación cercana. Era como un trastero. Reapareció con la escopeta y algunos cartuchos.

Ronald observó la escalera que se dirigía hacia el piso superior y subió rápidamente. Buscó una habitación y se aproximó a una ventana, la entreabrió y observó en la parte lateral a dos de los hombres que habían tomado aquella posición.

Alguien advirtió el movimiento de la ventana y gritó:

—¡Allí!

Ronald tuvo el tiempo justo de esquivar la ráfaga que el agente enemigo dirigió contra el ventanal.

Cambió de habitación y evitó asomarse. Disparó a través del cristal.

El cartucho propio para caza alcanzó a uno de los tipos. No le mató, pero le inutilizó para la lucha.

Ronald volvió a otra habitación para jugar con la sorpresa que era la única arma más efectiva, aparte de que tenía que luchar para salvar su integridad física.

Los que estaban abajo desistieron de entrar, mientras el francotirador estuviese arriba y amenazara con salir del lugar menos pensado.

Ahora todos disparaban a bulto contra las distintas ventanas, pero Ronald había descubierto la escalera que conducía al desván. De allí pasó a la azotea y a rastras avanzó con la escopeta en ristre. Asomó un instante y efectuó otro disparo.

Tras la explosión se escuchó simultáneamente un grito. Otro enemigo había sido alcanzado en un brazo.

—¡Está arriba! —gritó una voz.

Pero dieron tiempo a Ronald a efectuar un nuevo disparo que dio en el blanco como los anteriores.

—¡Cubríos! —gritó la voz del que mandaba a los hombres al advertir que Ronald no fallaba un solo disparo.

Quedaban cinco agentes útiles, que se apresuraron a tomar distintas posiciones.

El sitio había comenzado. ¿Hasta cuándo podría Ronald entretenerles?

CAPÍTULO XII

La simultánea aparición de un par de coches enfilando hacia la hostería cambió la situación.

—¡Cuidado! —advirtió la voz femenina del interior del coche.

Los coches se aproximaban a gran velocidad. Y alguien aventuró:

—¡Son los ingleses!

—¡Disparad!

Las armas se volvieron hacia los recién llegados, lo que facilitó la tarea a Ronald, que desde la azotea disparó de nuevo alcanzando la pierna del jefe de los agentes, que intentaba cambiar de sitio.

Otra voz gritó:

—Hay que huir de aquí.

—¡Atacad! —espetó la voz del auto—. Ellos sólo son dos. Acabad de una vez.

En efecto. Eran sólo dos. Calvert y Scranton que llegaban cuando Ronald ya les había realizado la mitad del trabajo.

Salieron del auto cargados con algo y cubiertos sus rostros con máscaras. Portaban pequeñas botellas de oxígeno a la espalda.

De pronto lanzaron unos artefactos que no hicieron explosión, pero sus enemigos comprendieron enseguida de qué se trataba:

—¡Bombas de humo! ¡Tratarán de sorprendemos!

La humareda envolvió rápidamente la explanada de la hostería.

Era una buena estrategia para compensar su inferioridad numérica. Ahora todos tenían que luchar a ciegas y Ronald actuó otra vez por su cuenta. Se colgó la escopeta a la espalda y se lanzó hacia la rama más próxima de un árbol. Su agilidad volvía a serle útil.

Se dejó caer por fin al suelo flexionando adecuadamente las piernas.

Cerca de él alguien estaba tosiendo. Ronald frenó la carrera del

fugitivo a quien derribó de un contundente golpe.

Avanzó por entre el humo entre el crepitar de las armas de fuego. Escuchó un agudo «¡ay!». Otro más había caído.

Una tos de sonido femenino se escuchó entre disparo y disparo.

Ahora sí que el jefe ordenaba la retirada.

—¡Vámonos!

Sólo quedaban un par de hombres.

Conduciendo prácticamente a tientas uno de los coches de los agentes enemigos, consiguió escapar de la humareda, pero un disparo de Scranton acabó con el chófer. Un chorro de sangre surgió de su cabeza sin vida y el coche lanzado, sin nadie que lo frenara fue a estrellarse contra uno de los vehículos de los agentes ingleses.

El choque, por la velocidad, fue tremendo. Aun así el último superviviente salió dispuesto a vender cara su vida, pero sus antagonistas acertaron primero y le fulminaron al pie del coche.

Ronald se aproximó, llegando al mismo tiempo que Scranton y Calvert.

—Ha sido una lucha estúpida. Wagram no está aquí —dijo.

En aquel momento, el cuerpo mal herido por el choque del jefe de aquel grupo asomó un instante para caer fuera del coche.

Ronald agrandó los ojos al comprobar la identidad de aquella mujer.

—¡La condesa Terillac! —exclamó.

—Sí. Estábamos casi seguros de que se trataba de la hija del conde —comentó Scranton de regreso.

Calvert, que era quien conducía el coche —el otro había quedado inservible por el choque—, añadió:

—En realidad era hija del segundo matrimonio del conde. La madre de esa mujer no era francesa, pero eso cuenta poco. Eran las ideas. La Terillac tuvo siempre pensamientos extraños y acabó eligiendo el lado opuesto. Allá cada cual con sus ideas.

—Mirad esto —exclamó Scranton sacando un pequeño libro de un bolso femenino. Era el bolso que llevaba consigo la condesa de Terillac.

—Parece una agenda —murmuró Ronald.

Era una agenda y tras hojearla por encima, Scranton murmuró:

—Hummm. Aquí dice cosas muy interesantes... Es como un diario.

En una de aquellas páginas figuraba la fecha de la muerte del orfebre de París que había confeccionado el collar y una inscripción que decía:

«Ha salido mal, pero recuperaré ese collar y descubriré por mí misma el escondrijo de Wagram».

En aquello lo más importante para Ronald era encontrarse con Irina, y Scranton le complació plenamente.

Allí les esperaba a todos una sorpresa poco grata por cierto.

El escondrijo de Irina y de sus abuelos era el pequeño hotel de Herbert.

Herbert se hallaba tendido en la cama, grave.

—¡Ronald! —exclamó la muchacha echándose en brazos de su prometido.

—Lo siento, querida... Hubiera querido reunirme contigo antes, pero... ¿qué ha ocurrido?

Ella explicó cómo Herbert les había traído a aquel hotel para su seguridad personal. Luego añadió:

—Él nos protegía hasta que por lo visto le siguieron y le descubrieron. Hace sólo unas horas. Nosotros estamos en un apartamento del piso superior...

Al revivir la escena, Irina recordó haber visto a dos hombres huir precipitadamente por la escalera. Eran los que habían disparado contra Herbert y que huyeron precisamente al oír los pasos de la muchacha y ella fue la que descubrió el cuerpo del agente desangrándose.

—Llamé a un médico. Aconsejó llevarle a un hospital pero le dije que esto no podía ser... Hizo lo que pudo y añadió que era cuestión de tiempo.

Scranton y Calvert se aproximaron a su compañero que permanecía en estado medio inconsciente.

—Ha perdido mucha sangre —explicó ella.

Ronald le preguntó:

—¿Conocías a ese hombre?

—Sí, cariño. Hubiese querido decírtelo, pero él me pidió que guardara el secreto para bien tuyo.

—¿Qué significa todo esto? ¿Tú también trabajas para...? —empezó Ronald.

Fue Scranton quien aclaró después de salir de la habitación

donde seguía Herbert.

—Yo, Banks. Yo le explicaré.

Y tras una pausa añadió:

—Verá. Slake estuvo varias veces en Bucarest en otras misiones y por los motivos que sean conocía a los abuelos de su prometida y por ellos supo de la existencia de Irina. Se dio la casualidad, o lo quiso el azar, llámelo como quiera, de que usted fuese precisamente el prometido y nosotros les necesitamos a los dos.

Tras otra pausa aclaró:

—A fin de evitamos demasiados contactos con usted, que hubieran podido poner en guardia a nuestros agentes enemigos, ella nos informó del día en que se disponía a salir. Luego aquí en Bucarest también podía sernos útil en caso de apuro.

—¿Y por qué no me informó de ello? —protestó Banks.

—Amigo mío. Somos el Servicio Secreto. Ese nombre es bien explícito. ¿No cree? En cada misión siempre es preferible saber únicamente lo justo, y no conocernos mutuamente. Esto asegura el éxito y en caso de ser descubiertos... si a uno le obligan a hablar, jamás dirá lo que ignora. Ustedes, tanto Irina como usted, Ronald, eran novatos... Había que cuidarles más que a los otros. Ella, en realidad, no ha corrido ningún peligro. Sólo usted, y ha demostrado ser un aprendiz muy adelantado. Casi con categoría de oficial.

—No se haga el importante, Scranton, de no ser por mi aún estarían buscando la clave.

—Cierto... En eso nos ha dado una lección a todos —admitió el agente profesional.

—Lo malo es que no ha servido para nada... Y esos muertos...

—Bueno. Eso no debe preocuparnos. Son cosas del oficio.

—Pero la policía...

—No se preocupe. La diplomacia debe servir para algo, ¿verdad? Eso se soluciona de Gobierno a Gobierno. Aquí no ha pasado nada. Saldremos del país tranquilamente. Ya lo verá.

—Pero ese Wagram...

—No se preocupe. Nosotros hemos cumplido la misión. Wagram no está aquí. Se encuentre donde se encuentre, es evidente que ya no corre peligro.

EPÍLOGO

Scranton llevaba razón. Lo ocurrido pronto quedó silenciado. Ellos regresaron a Londres y los abuelos de la muchacha volvieron a su casa, que momentáneamente había sido ocupada por los agentes precisamente para «cazar» a Ronald o para secuestrar a Irina y así obligarle a entregarse, pero sus planes habían fracasado.

En cuanto a Herbert, conocido en el servicio como Simon Slake, fue trasladado a Londres, después de comprobar que su resistencia física resistiría el viaje.

En verdad, las heridas, aunque grandes, iban en camino de ser bien superadas por el agente.

El mismo día de la boda de Ronald e Irina, en una oficina del Servicio Secreto, el futuro contrayente y agente circunstancial, recibía la felicitación personal del jefe del departamento y la recompensa prometida.

—Piensen en mandar algo a la familia del taxista muerto en Bucarest... Él no tenía nada que ver.

—Ya nos ocuparemos de esto —prometió el jefe.

—La Terillac... —insinuó Ronald.

—Murió, desde luego... ¡Ah, y si le interesa saber el verdadero final, se lo diré! Merece saberlo.

—¿El final? —inquirió Ronald.

—Sí, amigo Banks. Me refiero a lo que concierne al doctor Wagram. Está en... algún lugar de la Europa libre... En realidad, la clave del collar fue solo una estrategia de conde de Terillac. Al menos, ésta es la hipótesis que hemos construido y que se aproxima a la verdad.

—Entonces...

—Terillac sabía, o presentía, que no podía fiarse de nadie, ni de su propia hija. Seguramente pensó que incluso tenía espías en su propia casa y quiso hacer creer que el paradero de Wagram sólo lo

sabía él y «el collar», pero esto en definitiva fue una maniobra de distracción cara al enemigo, porque así, mientras todo el mundo iba en busca del collar para dar con la clave, las personas encargadas de la custodia de Wagram lo sacaron de su escondrijo y lo pusieron definitivamente a salvo.

—Así —apostrofó Ronald—, aunque hubiesen descubierto la clave a su tiempo, de nada les hubiera servido.

—Exacto —ratificó el del Servicio Secreto—, porque Wagram ya no estaba en ese sitio. ¿Bano, verdad?

—Sí. Un nombre que no se me olvidará.

—Bien, Banks. Felicitaciones por su boda. Mi enhorabuena y que disfrute usted de una excelente luna de miel... ¡Ah! Y si cuando regrese puede echarnos una mano. Tengo cierto asunto que...

—¡Oh, no! —cortó Ronald—. Olvídese de mí, señor.

—Como quiera, como quiera...

Ronald salió del despacho y el jefe pidió el fichero a uno de sus subordinados. Buscó y sacó una cartulina donde figuraba el nombre de Ronald Banks.

Leyó:

«Caso Wagram». Y puso una equis al lado.

Luego, abajo, anotó:

—Caso número dos para el agente circunstancial Ronald Banks.

Quisiera o no, Ronald estaba ya secretamente enrolado en aquella oficina.

Pero él estaba lejos de todo aquello. Mentalmente estaba junto a Irina.

Se casaron al mediodía.

En la ceremonia hubo más gente de la prevista. Estaban los compañeros de la joyería, el propio señor Barret y también un par de nuevos amigos: Scranton y Calvert.

—¿Han devuelto el collar a Barret? —inquirió Irina.

—Sí —susurró el que iba a convertirse en su marido.

—¿Sabe la verdad? —preguntó ella curiosa.

—No. La policía se ha limitado a decir que han recuperado la joya y para él es suficiente. Igual que la compañía de seguros, que se ahorra un buen pico.

El pastor se aproximó para la ceremonia.

El aplazamiento había sido exactamente de una semana. Una

semana bastante movida, pero aquel momento solemne de sus vidas les hizo olvidar todo lo pasado.

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.500 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 15 PTAS.

Impreso en España

